

Carlos Sisí

Varsovia



Varsovia

Primera edición: enero de 2019

© Carlos Sisi Cavia, 2019

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2019

Ilustración de cubierta: © Fran Mariscal Mancilla, 2019

Maquetación y corrección: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FK

ISBN: 978-84-948986-4-8

Depósito legal: B 30.636-2018

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

Para Irena Sendler

Capítulo 1

La comejenera

Como casi todos los días a las nueve y media de la mañana, Étienne Camus salió de la cama. No era muy exigente con su higiene, así que la mayoría de las veces se lavaba de forma muy somera en el lavabo: un poco de agua en la cara y mucha en el cabello, con la que alisaba el pelo corto y encrespado. Hacía eso por el frío; Étienne vivía en un piso muy pequeño y viejo, y los grifos de la bañera, minúscula y desgastada, proporcionaban un chorro de agua mínimo.

A menudo salía a la calle con la misma camiseta con la que había dormido, a la que añadía pantalones y una boina, y según el mes, también una bufanda y un abrigo. Casi nunca decidía dónde ir. En muchas ocasiones era una cuestión inconsciente, dictada por la dirección en la que le llevaban sus pasos cuando cogía el metro. Para cuando quería darse cuenta, era, a veces, Montmartre. Se escurría por la Rue des Abbesses, Rue Lepic o Rue Caulaincourt, y desayunaba en alguna cafetería, a menudo rodeado de turistas. Los turistas le gustaban; escuchar su runrún incomprensible y ver la ilusión de las vacaciones reflejada en sus miradas le hacía pensar en familias que compartían tiempo juntas. O parejas.

Allí solía leer algo, casi siempre una novela en edición de bolsillo, cualquier cosa que pudiera caber en su abrigo; o simplemente se dedicaba a ver la vida pasar. Si podía, elegía algún lugar soleado, y cerraba los ojos cuando miraba al cielo y sentía el calor tibio detrás de los párpados cerrados. Otras veces iba a la Galería Vivienne, en el distrito dos. Le gustaba bajar la cabeza y admirar los mosaicos del suelo, y luego mirar hacia arriba y recrearse con el techo acristalado que dejaba pasar la luz. En especial, ese espectáculo le resultaba indeciblemente acogedor cuando llovía, sobre todo por el sonido que hacía el agua al golpear contra los vidrios

inclinados. A Étienne Camus le gustaba, sobre todo, la tienda de libros antiguos.

—Ya nadie lee, amigo Étienne —se quejaba el dependiente cada vez que lo veía acercarse, y luego añadía—: ¡Buenos días de todas maneras!

Pero una vez por semana, al menos, volvía a su restaurante favorito, el Deux Fois Plus de Piment, en la Rue Saint-Sébastien, cuya comida le parecía exquisita. Cocina asiática, pero la original, no esos sucedáneos prefabricados que servían por todas partes. Solía pedir carne de res, o de cerdo, chili tofu y sopa de pescado huichuan. El local pasaba inadvertido fácilmente: un lugar minúsculo con un escaparate feo, a menudo lleno de grafitis espantosos, ubicado además en una calle sin personalidad que podría pertenecer a cualquier otra ciudad de Europa. Pero la comida... Étienne bromeaba a veces con su amigo Niní, que llevaba trabajando allí once meses ya, diciéndole que le ponían adictina a la comida.

—Algo le echáis, Niní. El cuerpo me pide volver —decía.

—Eso es porque somos baratos, Étienne —respondía—. Por eso tienes dinero, ¿verdad? ¡Porque gastas poco!

—Esa es la clave, sí —decía Étienne.

Ese día, Étienne sintió la llamada de la adictina en la sangre. Se encontraba en el otro extremo de París, pero tampoco importaba si estaba cerca o lejos, Étienne siempre volvía. En París, de todas maneras, el metro rendía la ciudad a sus pies.

—¿Qué te parece, Étienne? —preguntó el camarero ese día—. ¿Qué les cuesta a los turistas aprender cómo se dice buenos días en francés, eh? Me acercaría y dirían: «¡Buenos días!». ¡No pido mucho, me parece!

—Puedes poner un cartel, Niní —respondió Étienne—. A todo el que salude al camarero con un «buenos días», le regalas un cruasán.

—¡Un cruasán, un cruasán! —protestó Niní—. ¡Es todo lo que piden los turistas, cruasanes! ¡Pues no están tan buenos, los cruasanes! En fin, Étienne, ¿qué te pongo hoy?

—Un cruasán —respondió Étienne.

Niní rio de buena gana.

—¡Te lo voy a poner! ¡Mira que te lo voy a poner, Étienne!

—Ah, pero ¿tenéis cruasanes aquí?

—¡Te lo voy a buscar! ¡Ahora mismo te busco uno!

Niní se alejó riendo, y mientras pasaba al lado de una mesa, inclinó la cabeza a modo de reverencia y soltó un «¡Buenos días, señor! ¡Buenos días, señora!» sin esperar respuesta. A los clientes les faltó aplaudir, como si acabaran de asistir a algún espectáculo para turistas.

Étienne se quedó sentado, sonriendo. Luego, sacudió la cabeza y sacó su libro. Sabía por experiencia que la comida aún tardaría unos veinte minutos, por mucho que pidiera los platos más comunes del menú. El Deux Fois Plus no estaba tan concurrido por esa época como en los meses buenos, sobre todo en verano, pero aun así no había ni una sola mesa libre; tenía tiempo de leer unas buenas ocho o diez páginas. Al empezar la lectura escuchó a Niní decir desde la barra: «¡Buenos días!» y volvió a reír.

Miró pensativo a través de los pequeños resquicios libres de la ventana. El edificio de enfrente albergaba un comercio con un cartel en el escaparate que anunciaba: «Artisan Cordonnier». Una mujer hablaba con un hombre y reía con ganas ante alguna ocurrencia mientras él movía mucho los brazos. A lo lejos ladraba un perro.

Lo eran, sí. Eran buenos días. Días amables, con poco o nada que hacer, pero que le proporcionaban lo que quería y necesitaba. Era un periodo que él llamaba «las Casas de Curación», y no le pedía a la vida más que paseos, un buen desayuno, respirar el aire fresco de las calles empedradas, sentarse en los jardines del Musée Rodin (el lugar más romántico de todo París, en su opinión) y ver a alguna pareja sonriéndose con complicidad antes de besarse. Y llegar a casa al atardecer y leer hasta que le entraba sueño, que con las pastillas solía ser poco después de la cena.

Étienne lo había pasado mal. Tuvo un trabajo estresante, de mucha responsabilidad, y una relación imposible con una mujer a la que amaba más que a ninguna otra persona en el mundo. Hablaban mucho y se veían mucho más, y pasaron juntos algunos de los días más bonitos que Étienne podía recordar, pero cuando él le hablaba de sus sentimientos, ella se alejaba, esquivaba; pero

nunca lo bastante ni durante el suficiente tiempo como para que él abandonara la esperanza. La vida tenía entonces dos orillas. Se alternaban los días de glorioso esplendor y explosiva fantasía con los de tristeza y desmoronamiento. Ella chascaba los dedos y él era un pequeño fox terrier alborozado que levantaba las patas y movía el rabo, henchido de vida y de ilusión. Ella dejaba de responderle y él caía en un abismo hondo y negro de dolor y tristeza.

Él le decía: «Te amo». Ella respondía: «Amar es natural. Yo amo a mucha gente, Étienne. ¿Qué tiene tu amor de especial?». Él le decía: «Compartamos la vida, juntos». Ella respondía: «¿Y qué es la vida, Étienne? La vida es esto, es ahora, pero no sabemos qué será mañana. ¡No hagamos planes! Escoger un plan, destilar uno solo, es perder mil posibilidades excitantes que surgen todos los días».

En algún momento, la desesperación de Étienne por conseguir a esa mujer le condujo a un desastroso cambio íntimo. El Étienne que era se diluyó entre un océano de posibles Étienne, todos configurados según lo que él creía que ella buscaba. Se traicionó, se asesinó, se perdió. Étienne se transformaba, en el discurso de una simple conversación telefónica un día cualquiera, según ella iba reaccionando a sus respuestas. Étienne hubiera sido cualquier otra cosa, habría actuado toda su vida si hubiese sido necesario, para conseguirla.

Étienne pasaba las noches mirando el techo de su cuarto y suspirando. A veces, susurraba su nombre cuando caminaba por la calle, como si brotara de repente por entre sus labios, como un lamento del corazón, o como si el solo nombre fuese suficiente para satisfacer, aunque fuera por unos instantes, su desbocada obsesión.

Después de varios años de intenso rirrafe emocional, ella le escribió un mensaje en el móvil. «Estoy A GO TA DA, Étienne». Étienne estaba también exhausto. Su obsesión por ella le había hecho desatender su trabajo casi por completo. Sus jefes le miraban con desaprobación, hasta que un día lo perdió todo. Étienne abrió entonces un nuevo capítulo en su vida, al que llamó «Depresión». En uno de esos pozos oscuros de dolor, se obligó a borrar el número de teléfono de ella de su agenda, y se mordía los puños cada vez que sentía el impulso irrefrenable de ir a verla a su casa.

Ella tampoco lo contactó más.

«Depresión» se convirtió en el capítulo más largo del libro de su vida.

Un día, después de un periodo de tiempo que ni él mismo supo precisar, decidió que necesitaba ayuda. Estaba delgado y desaseado, y vestía ropa vieja con más manchas y descosidos que un refugiado de guerra. Había cambiado el sueño. Dormía de día y por la noche absorbía contenidos de televisión como un adicto. Un día, cuando iba de camino a la panadería, una niña se lo quedó mirando. Había asco en la mirada de esa niña pulcramente vestida, con dos coletas cuidadosamente peinadas y la cara limpia y resplandeciente de sus siete años. Su madre tiró de ella mientras le susurraba algo al oído, y Étienne se quedó plantado, confuso, dándose cuenta de que necesitaba ayuda. Esa misma semana fue a ver a un psiquiatra y empezó a desgranar su historia. Al principio le costó incluso recordar, pero luego descubrió que la presa que cerraba ese río quería desplomarse y abandonar su mente en forma de tropel de palabras. Hubo lágrimas, y también dolor, pero las sesiones le sentaban bien, y Étienne empezó a sentirse mejor. Después de varios meses de trabajo, el psiquiatra le explicó que sufría una depresión y, además, un trastorno bipolar. Le recetó Lexapro, que a veces su médico de cabecera cambiaba por Celexa, y unos estabilizadores de humor, Lamictal y Neurontin. Se los tomó con diligencia.

Se podría decir que ahora Étienne Camus era feliz.

Ese día, cuando ordenó la cuenta, Niní se acercó con una sonrisa y su servilleta blanca prendida en su hombro. Eran casi las cuatro de la tarde y apenas quedaban ya clientes en el restaurante. El Deux Fois Plus de Piment cerraría un par de horas para preparar el turno de las cenas.

—¿Sabes, Étienne? —dijo—. ¡Hoy he tenido un sueño precioso! Étienne se quedó pensando.

—Un sueño... —susurró—. No recuerdo cuándo fue la última vez que soñé.

—¡Pues lo que es yo, he tenido uno tan bonito que, si lo tuviera todos los días, sería el más feliz de los hombres!

—Pues me alegra mucho escuchar eso, Niní. ¿De qué iba el sueño?

—¡No me acuerdo, Étienne! —exclamó—. ¡De verdad que no me acuerdo!

—Oh, estás quedándote conmigo. ¿Cómo dices entonces que era precioso?

—Porque me acuerdo de cómo me sentí al levantarme —dijo Niní mientras le retiraba los platos y le ponía la cuenta en la mesa—. ¡Vaya un sueño precioso, Étienne! ¡Precioso de veras!

Étienne asintió, sonriendo aún.

Puso diez euros sobre la bandeja.

Era curioso, pensó. No recordaba haber tenido un solo sueño desde...

Desde hacía años.

Desde antes.

Sí, desde antes de aquello.

—¿Cómo te encuentras, Marie? —preguntó el doctor Bouffart.

—Mucho mejor, doctor —respondió Marie, sonriendo. Como casi siempre, no levantaba la cabeza. Tenía las manos entretreídas, sobre su bolso; el vestido largo de tonos otoñales con flores estampadas cayendo desde la silla.

—¿Crees que la medicación está ayudando?

—Bueno. Eso creo. Esta semana... he estado haciendo... cosas positivas. He comprado unas cosas, de colores, como piezas. Según cómo las juntes, haces figuras.

—¡Oh, qué bien! —dijo el doctor—. ¿Qué figura estás haciendo?

Marie sonrió, sin levantar la mirada.

—Bueno. Quiero que sea... un perro en un parque. Pero por ahora no se parece mucho.

—Un perro en un parque. —El doctor apuntó algo en una libreta—. Eso suena muy bien. ¿Es un parque familiar, con sol y con niños, o quizá uno de esos parques tranquilos, con hojas en el suelo, llenos de rincones umbrosos?

—Uno familiar —respondió Marie, sonriendo.

—Estupendo —dijo el doctor, complacido—. Un parque estupendo. ¿Cuántas pastillas estás tomando?

—Las que me dijo usted que tomara... —susurró Marie—. Uno cero uno, una por la mañana, ninguna al mediodía, otra por la noche.

—¡Muy bien! —exclamó el doctor—. ¿Qué otras cosas estás haciendo?

—Paseo —dijo Marie, encogiéndose de hombros y levantando la cabeza, pero para mirar a otro lado, a un punto indeterminado—. Ahora me gusta más salir, pero solo por la mañana, cuando el sol está alto. Y después de comer voy a una librería donde, cada día, viene un autor diferente. Me gusta escucharles hablar sobre por qué escriben los libros que escriben. A veces compro alguno.

—¿Alguno interesante?

—Oh, sí. Desde luego. Muchos de ellos. He descubierto a Kundera, y a Balasco, y también a Judith Gautier. Me gusta cómo escribe Judith, me gusta mucho.

—Leer es muy bueno, Marie —convino Bouffart—. No solo para usted.

Marie asintió, sonriendo.

El doctor le gustaba, porque tenía cierta edad y resultaba simpático con las cejas tan pobladas. Se notaba que se afeitaba a diario, pero era una tarea fútil porque una permanente sombra gris poblaba su rostro redondo y amable. El doctor Bouffart olía a la colonia para el afeitado que usaba su abuelo, Old Spice, y ese olor le traía recuerdos amables de la casa donde vivían, en Noirmoutier, hacía de eso como seis años. Era una isla de apenas cincuenta kilómetros cuadrados en la región de Pays de la Loire, un lugar paradisíaco. Se la conocía como «la isla de las mimosas» y olía precisamente a eso: a flores, y también a mar. Marie podía cerrar los ojos en cualquier momento y traer vívidos recuerdos de días de playa, de comilonas de ostras, e incluso del inconfundible sabor de los caramelos con sal marina que su padre traía a casa a menudo.

Hacía tanto de eso. Tanto, y a la vez, tan poco.

—¿Has considerado volver a trabajar en lo tuyo, en la... librería? —preguntó Bouffart, observando su ensimismamiento.

Marie negó con la cabeza.

—No —susurró—. Aún no creo que...

Bouffart levantó ambas manos. Eran manos grandes y bien cuidadas. Las uñas eran curvas perfectas en unos dedos pulcros y bastante gruesos.

—No pasa nada, Marie. ¡No hay prisa! Aún es pronto.

—Sí —susurró ella, molesta.

—Por ahora lo estás haciendo bien. ¡No te preocupes! Todo requiere su tiempo. Voy a apuntar aquí que la evolución es positiva, y a ver cómo evolucionas esta semana. Te veo otra vez el próximo viernes, ¿te parece?

—Sí, de acuerdo —dijo ella.

—Tienes tus teléfonos de emergencia, ¿verdad? Si te encuentras mal, necesitas hablar, te sientes demasiado nerviosa, o triste...

—Los usaré, claro.

Bouffart anotó algo en su cuaderno.

—Bien. Pues... esto es todo, Marie. Me gusta cómo te veo, de veras. Creo que con la medicación y un poco de tiempo estarás bien enseñada.

Marie jugaba otra vez con sus manos. Bouffart observó su incomodidad y se levantó de la mesa, afable y animoso. Se despidió de ella con un cordial apretón de manos y se desearon buen fin de semana. Bouffart la miró irse, con su vestido describiendo un pequeño vuelo a su espalda. Siempre le gustaba ver cómo se iba, Marie tenía una elegancia natural muy poco habitual esos días.

Miró la hora en su reloj de muñeca. Aún tenía una visita más esa mañana, y luego podría salir de la consulta y perderse en otro fin de semana. Desde luego estaba siendo un buen día, lleno de pacientes que evolucionaban positivamente, y estaba además la promesa de la tarde libre. Si hacía buen tiempo puede que la pasara en su terraza, con una buena pipa (su vicio inconfesable, dada su calidad de médico) y un vaso de vino. Un vaso de vino al día, decía, mantiene alerta el hígado. A Bouffart le gustaba sentarse allí con las zapatillas de andar por casa, su bata y su cuaderno de dibujo. Dibujaba pájaros, paisajes; dibujaba escenas que le venían a la cabeza sobre la vida tranquila y cotidiana en los pueblos, cosas que podía recordar, principalmente. Uno de sus dibujos, «Dos niños corriendo», había acabado en manos de la mismísima ministra de Cultura, la señora Françoise Nyssen, por mediación de un amigo.

Bouffart se había sentido muy orgullo. Su amigo le había dicho que le había regalado la diminuta lámina en un pequeño marco, sobrio y elegante, y que al parecer lo había puesto en el despacho que tenía en su propia casa. A Bouffart le gustaba mucho Nyssen.

Estaba siendo un buen día, sí, y se le ocurrió que el mejor modo de acabarlo sería organizar una pequeña cena con amigos en casa. Vino, queso, pan, aceite, ajo, y unos *escargots*, tal vez. Tendría que pasarse por la tienda de Perpignan para comprar algunos.

Suspiró, contento.

Ojalá esa noche volviera a tener el mismo sueño maravilloso que había tenido la noche anterior.

Ojalá.

Marie, a quien su madre llamaba siempre Marion y sus amigos Mimí, vivía entre libros, por los libros y para los libros. Solía leer en la cama, o mejor dicho, sobre la cama, sobre todo cuando estaba hecha. En verano se vestía con unos calzoncillos de hombre, ¡su gran descubrimiento! y desparramaba su cabellera rubia y rizada por la colcha mientras leía, leía y leía. En invierno se arrebujaba entre las mantas, o debajo de un nórdico mullido y blanco al que llamaba *señor Suave*. Lo leía todo, desde romántica hasta novela contemporánea; leía biografías de grandes pensadores, fantasía, ciencia ficción, novela de suspense, clásicos de la literatura, novela negra, realismo mágico o histórica. Su padre le decía: «No hay libro malo, Marie. De todos se saca algo», y ella no podía estar más de acuerdo. Nunca, en toda su vida, se había aburrido leyendo libro alguno.

Mimí vivía una suerte de realidad alternativa, distinta a la de todo el mundo. Decir que era optimista no ilustraba con precisión su paso por la vida. Resultaba tan especial, casi mágica, en su percepción de las cosas, que algunas amigas la llamaban, cariñosamente, *Mimí Poppins*. Los problemas desaparecían cuando se los contaban, y aunque el cielo apareciese negro y amenazara lluvia, viento y tormenta, Mimí encontraba siempre algo que celebrar. A menudo, abría los ojos grandes y luminosos, sonreía con su boca pequeña, y decía: «¿No es... alucinante?».

Marie se trasladó de Noirmoutier a París para cumplir su sueño: trabajar en una librería. No aspiraba a más en la vida que trabajar entre libros. Para conseguir el trabajo, la dueña solo tuvo que mirarle a la cara, su cara pequeña y hermosa de ratoncillo, colmada de ganas, ese tipo de ganas que suelen verse en los niños que esperan sus regalos de Navidad. Le dijo: «Caramba, chica, el trabajo es tuyo; siempre ha sido tuyo».

Una hora antes de abrir al público, ella se paseaba entusiasmada por las estanterías y acariciaba con un dedo largo y cariñoso los lomos de los volúmenes. Se preguntaba cuántas historias, cuántos personajes, cuántas sensaciones habría escondidos en ellos. A veces sacaba alguno y lo abría, como quien descubre un tesoro, y las páginas del libro parecían cubrir su rostro de un resplandor dorado, como si acabara de abrir un cofre lleno de oro y piedras preciosas. A menudo, la dueña de la librería recurría a ella antes que al ordenador. «Marie, ¿tenemos este libro?», y ella decía que sí o que no, con una rapidez y una seguridad pasmosas. Otras veces reordenaba los pequeños rincones de la librería, que muy pronto quedó llena de lugares mágicos, con tomos dispuestos en el suelo formando una especie de castillo, o simulando ser el lugar secreto de un niño, con una sábana prendida entre dos sillas, varios libros y una linterna en su interior. O apagaba la luz de un rincón abuhardillado y tendía cuerdas con pequeñas luces de color azul que simulaban la luz de la luna, y las adolescentes en busca de ese amor idealizado propio de la edad se sentaban allí con una novela de Nora Roberts en la mano. La gente se paseaba por esos rincones como si acabara de acceder a otro mundo, y la fascinación asomaba a sus rostros.

El primer sábado de cada mes se celebraba el «Amor con los libros», otra iniciativa de Mimí. Tendía colchones por toda el área central de la librería, que por entonces era ya un bastión de magia en el barrio doce de París, y se invitaba a la gente a coger un libro cualquiera, descalzarse y tumbarse en los colchones. La gente se leía trozos unos a otros, y se formaban corrillos alrededor de los lectores más apasionados. Otros leían de forma íntima, la cabeza de ella apoyada en el cuerpo de él, o los niños embelesados alrededor de mamá con la última novedad infantil; y entre todos se producía una especie de melodía en voz baja, una música compuesta

de palabras, el susurro entretejido de una docena de historias diferentes. Y se bebía té y se comían galletas o magdalenas calientes con canela. Por eso, por la magia que emanaba de Mimí, el primer sábado de cada mes se formaba siempre una cola de hora y media en plena calle, en la Rue Saint Paul, esquina con la Rue Eginhard, número doce.

La librería L'Autre Amour acabó convirtiéndose en un lugar bastante popular, incluso entre la gente que no solía leer. Mimí estaba feliz. Su jefa hablaba de resultados económicos y, una vez al mes, se paseaba exultante por la tienda con varios pliegos de papel repletos de números. Aunque Mimí entendía que cosas como los beneficios estaban bien, se llenaba de orgullo cuando pensaba a cuánta gente estaba contagiando su amor por los libros. Eso era lo más importante. Sabía cuándo alguien era un lector habitual y cuántos se llevaban una obra determinada casi por primera vez, con esa mirada dubitativa y esa gestualidad insegura, como si se preguntaran si estaban tirando el dinero. De estos, muchos volvían, aunque solo fuera para encontrarse, otra vez, con la sonrisa sincera y amable de Mimí, y cada vez regresaban más a menudo.

Una noche, Mimí salió más tarde de lo habitual. Solía quedarse leyendo, sobre todo novedades, que llegaban casi a diario en grandes cajas que Mimí abría como si fueran hallazgos arqueológicos de un valor incalculable. Entonces apagaba las luces y escogía cualquiera de los rincones mágicos que había sembrado por la tienda; a veces el Rincón de la Luna, o el Jardín de Libros. Tomaba una lámpara de mano, se ajustaba sus gafas de cerca (redondas como las de John Lennon) y se subía el jersey de cuello alto hasta taparse la boca. Aquella noche, el libro la atrapó, la condujo por senderos emocionales de una intensidad abrumadora hasta que, en una pausa entre capítulos, miró la hora y descubrió con horror que eran casi las dos de la mañana. Aún tenía veinte minutos hasta su casa, y con la ducha y todo lo demás, le quedaban tal vez cuatro horas de sueño.

Salió de la tienda tan rápido como pudo, utilizando la puerta que llevaba al portal vecino, donde guardaba su bicicleta, su medio de transporte predilecto. Marie empezó a pedalear por la Rue Saint Paul, esquina con la Rue Eginhard. Era tarde, desde luego, y

aunque París es una ciudad que no duerme nunca, en ese barrio no había actividad alguna. Las luces de las casas estaban casi todas apagadas, el tráfico era inexistente y los semáforos daban instrucciones precisas a coches invisibles. Había llovido, a juzgar por el asfalto mojado y el olor a tierra húmeda, y hasta hacía algo de frío; más de lo normal. Marie se ajustó la bufanda alrededor del cuello, pero dejó la cabellera rubia y rizada tremolando hacia atrás.

No fue la visión de su dorada cabellera lo que hizo que aquellos hombres le salieran al paso por entre los coches. Ni su figura delgada, ni la elegancia con la que se mantenía erguida en su asiento, con los brazos extendidos y los guantes blancos que embellecían sus dedos largos. Lo que sucedió fue que se trataba de una mujer en el lugar equivocado a la hora equivocada.

Marie apretó los frenos para no acabar llevándose a uno de ellos por delante. La rueda acabó entre las piernas de uno de ellos, que rápidamente proyectó sus brazos hacia delante y agarró el manillar.

—¡Lo siento! —se apresuró a decir Marie.

El hombre sonrió.

—¡Casi me pillas! —dijo el hombre.

—¡Casi pillas a mi amigo! —añadió el otro, con un tono burlesco.

—Lo siento —dijo Marie—. No os he visto. ¡Qué susto!

—Vaya, vaya —dijo el hombre—. Vas a tener que compensarnos de algún modo.

—¡Oh! —exclamó Marie, dándose cuenta por primera vez de que algo podría ir mal, como si un pequeño piloto escondido en su mente se hubiera encendido con un tono naranja de advertencia—. Lo siento. Tengo que irme.

—¿Tienes prisa? —preguntó el hombre, mirándola de arriba abajo—. ¿Te espera tu novio?

—Sí —mintió Marie—. Está esperándome aquí al lado. Ya... Ya debería estar aquí, de hecho.

—Qué bien —dijo el hombre—. Un novio que espera y viene a la vez. Un portento de hombre.

Sus manos acababan de ponerse sobre las de ella. Manos grandes y oscuras sobre unos guantes inmaculados.

—Suéltame —dijo Marie—. ¿Me sueltas las manos, por favor?

—¿Qué haces con tu novio? —preguntó el otro hombre. Se había puesto detrás de ella y no podía verlo por mucho que girara la cabeza a uno y otro lado. Eso la incomodó mucho. Intentó zafarse de las zarpas del hombre que la tenía cogida, pero no lo consiguió.

El corazón empezó a latirle con fuerza. El indicador naranja saltó al rojo de peligro y una sirena empezó a aullar en su mente, como si anunciara un bombardeo en una ciudad en guerra.

—¿Follas con tu novio? —decía el hombre—. ¿Te lo follas bien? ¿Qué te hace, te come el coñito mientras te mete un dedo por el culo, eso hace?

Marie miró alrededor. ¿Por qué estaba la calle tan vacía?

«Porque es lunes —se dijo—. Y porque son las dos y pico de la madrugada. Por eso».

El hombre seguía diciendo cosas, pero Marie no quería prestarle atención. A veces le llegaba alguna palabra suelta de su incesante verborrea («¿Polla? ¿Te mete...? ¿...por detrás?»), pero la apartaba enseguida de su mente. Era como un torrente de basura cayendo descontrolada por una cañería con una boca inmundada y hedionda, y no quería saber nada de eso.

—¿Puedes soltarme? ¿Por favor? —decía.

De pronto, escuchó el sonido inequívoco de un motor acercándose a sus espaldas. El motor de un coche, suave, acompañado por el frufrú de las ruedas sobre los charcos del suelo. El asfalto mojado se iluminó con la luz de los focos. Durante un pequeño instante, Marie sintió alivio.

«Ya está —se dijo—. Se dará cuenta, sea quien sea, de que algo va mal aquí. Se dará cuenta y...».

«¿Y si no se da cuenta?».

«Mímí, ¿Y SI NO SE DA CUENTA?».

Una oleada fría de pánico se abrió camino en su interior.

Tenía que hacer algo. Tenía que...

Marie giró la cabeza y empezó a gritar. Quiso gritar, al menos, pero el grito, como en un sueño, se trabó en su garganta y escapó como un gruñido ronco y roto, casi inaudible.

Alguien le tapó la boca.

Una furgoneta vieja y fea, con los bajos oxidados, se detuvo a su lado. Los frenos chirriaron cuando se clavó en el sitio, con un pequeño vaivén consecuencia de la inercia.

«Se ha dado cuenta —gritaba su mente—. Se ha dado cuenta. Se ha dado...».

Marie se sintió transportada. Dejó de tener contacto con el sillín de la bici. La vio caer a un lado, como a cámara lenta, mientras ella se alejaba. ¿Por qué se alejaba de la bici? Un brazo grande y duro la llevaba consigo, apretándole por las costillas. Alguien tenía cogida una de sus piernas.

De repente, estaba tirada en el suelo, pero no en el asfalto, sino sobre una superficie fría que olía a basura. Estaba confusa y procesaba la realidad con una notable pérdida de fotogramas. Respiraba muy fuerte y mal. Una mano sudorosa y tibia le apretaba la cara, la nariz, la boca, que abrió completamente para respirar. La mano olía a cuarto de baño de bar. Un rectángulo de calle se recortaba ante ella, pero pronto eso desapareció también.

Estaba en la furgoneta. Algo, o alguien, le tiró del pelo hacia atrás, mientras el vehículo se ponía en marcha con un traqueteo. Marie quiso decir algo, pero descubrió que no podía hablar ni moverse. Y cuando pudo, y empezó a revolverse con todas sus fuerzas, sacudiendo brazos y piernas con todas las energías que encontró, descubrió que era tarde. Tenía a uno de los tipos encima. Y sintió frío en el estómago, porque le habían levantado el jersey, la blusa y la camiseta térmica interior, y algo presionaba con fuerza su pecho izquierdo.

Decir que Marie pasó una mala noche es como decir que el universo es grande. No es grande, es inabarcable e inimaginable para una mente humana. De igual modo, no fue una mala noche. Fue la peor de las noches. Mientras la violaban y la sometían a todo tipo de vejaciones sexuales, dos hombres al principio y hasta seis después, Marie escapó hacia algún lugar desconocido e inexplorado de su mente. Pensó en libros mientras un dolor imposible nacía desde su sexo hacia su estómago, y pensó en los lugares mágicos de la librería cuando creyó que moriría asfixiada porque alguien había introducido un pene enorme en su boca. Pero en su mente, las delicadas telas que empleaba en sus rincones mágicos para crear

sensaciones amables en los lectores se volvieron telarañas pálidas de un gris enfermizo que se sacudían agitadas por el aire ardiente de algún incendio interior. Y los libros se abrían en su mente mientras las sujetaban por los brazos y los tobillos y le introducían

cosas

y esos libros que amó alguna vez vomitaban ahora un pus putrefacto, como un semen sanguinolento, y caían sobre Mimí, que de repente tenía otra vez diez años y jugaba bajo el sol de la isla de Noirmoutier, la isla de las mimosas.

Mimí perdió la conexión con el mundo en algún momento entre las cinco y las cinco y cuarto de la mañana, en el interior de una furgoneta sucia y mojada, con los bajos oxidados, en el más apartado rincón de París.

Despertó en el hospital, un par de días después, con tantas contusiones y heridas en el cuerpo que no pudo moverse en cuatro días. Los medicamentos ayudaban a que pasara la mayor parte del tiempo dormida, desde luego, pero los médicos tenían otra opinión. Su mente estaba borrando. Borrando. Borrando con obstinada y metódica obsesión cualquier traza de la furgoneta, los dos hombres y lo que ocurrió después. No fue hasta mucho más tarde, de hecho, que recordó algunos retazos de lo que había pasado, como si su mente hubiera empaquetado aquella experiencia y la hubiera enviado a otro planeta por mensajero, sin remitente y con una dirección equivocada, solo para asegurarse.

Mimí desarrolló una psicopatía, al decir de los psicólogos. Incapaz de manejar aquellos recuerdos, su mente creó una Mimí 2.0 para que lidiara con ellos. Mimí 2.0 nació en mitad de una sesión, cuando dibujaba el vuelo de una mariposa sobre un campo de flores. La psicóloga se lo había pedido. «Dibuja lo que quieras», le había dicho. Y Mimí pensó en mariposas. Y flores. La psicóloga frunció el ceño sin que ella lo advirtiera, mientras miraba cómo dibujaba. «¿Por qué has pintado estas flores con esta forma, Mimí?», preguntó. El tono suave y esquivo le hizo intuir a Marie que se trataba de algo importante, algo relacionado con la sesión, y Mimí miró su propio dibujo con curiosidad. De repente, descubrió con sorpresa que las flores tenían una evidente forma fálica.

Mimí 2.0 apareció de repente y tomó los mandos.

—¿Sabe, doctora? —dijo, mirando el dibujo con desdén—. Aquellos tíos pudieron haberme comido el coño un poco más. Hubiera estado bien.

La psicóloga asintió despacio, repentinamente inundada de una pena sincera.

—¡Buenos días, Francia! —dijo el locutor—. ¡Y buenos días, Denise!

—¡Buenos días, Didier! ¡O buenas noches, mejor dicho!

—¿Cómo que buenas noches, Denise? ¡Son las diez de la mañana!

—¿No te has enterado? ¡Está en boca de todos, Didier! —respondió ella, jovial—. ¿Has hablado con alguien hoy, o has estado pegado al micrófono todo el tiempo?

—Sabes que sí —se excusó Didier—. ¡Desde las seis de la mañana, aquí en la RTL, con todos los que quieren sintonizarnos, que sois muchos! Y es un placer, desde luego, informaros de la actualidad diaria. Por supuesto, me he enterado de esto que está siendo una nota curiosa en este día, y no solo en Francia, ojo, sino en todo el mundo. A esta hora, muchos de vosotros, queridos radioyentes, ya habéis terminado con esa pequeña rutina matutina de hablar con la familia en casa, desayunar, ir al trabajo, hablar con los compañeros, mirar el correo electrónico... Y durante todo este rato, os han contado... ¡lo mismo!

—Todos lo mismo —añadió Denise. Por su tono de voz se intuía que estaba sonriendo.

—Hablamos de los sueños, como ya sabéis —continuó diciendo Didier—. Yo los he tenido, tú los has tenido, Denise...

—Los he tenido. ¡Ayer y hoy! Ayer un poco menos, pero el de hoy...

—Cierto, cierto. El de hoy ha sido alucinante. ¡Todos hemos tenido sueños alucinantes y felices esta noche, es de lo que habla todo el mundo esta mañana! Aquí, en la emisora, no se habla de otra cosa. Todo el mundo está... bueno, está contento. ¡Estamos muy contentos!

—Sueños felices, todos contentos —dijo Denise.

—Sueños felices —repitió Didier—. Es desde luego una nota... curiosa, muy curiosa, y muy bonita. Sueños felices para empezar el día. ¡Todo el mundo a quien preguntas ha tenido sueños felices!

—Bueno, todo el mundo no —dijo Denise—. Parece que algunas personas no los han tenido...

—Pocas personas.

—Sí, muy pocas.

—Ya sabéis, queridos radioyentes, cómo es esto de los sueños. A veces se tienen pero no se recuerdan. ¿Con qué has soñado tú, por cierto?

—Ah, lo siento. No puedo decirlo.

—Oh, ¡un secreto!

—Sí.

—Algo íntimo...

—Puede —dijo ella, empleando un tono de voz suave.

El locutor volvió a reír.

—En todo caso, queridos amigos de las ondas —dijo—, y como paso previo a nuestra sección de breves de actualidad, parece que por fin podemos celebrar un hecho inaudito en la historia de la humanidad: que todos nos hemos puesto por fin de acuerdo en algo y hemos decidido darle una oportunidad a la felicidad, con mayúsculas. Una manera preciosa, me parece, de empezar la jornada. ¡A ver qué nos deparan las noticias en este día tan especial! ¡Buenos días, Francia!

Étienne paseaba esa mañana por un lugar nuevo. Se había levantado temprano y había bajado a la tienda de Marcel, y algo en la conversación de la gente le había alterado: todos hablaban de sus sueños mágicos y maravillosos, e incluso la señora Pierre, que normalmente exhibía una lánguida máscara facial con la boca curva y pintarrajeada, parecía satisfecha. «¡Un sueño maravilloso, señor Étienne! Y creo que Poupou ha soñado algo feliz también, ¿verdad Poupou?». El perro, un caniche raquítrico vestido con un abrigo de lana a su medida y los ojos abultados como si estuvieran a punto de explotar, estaba sobre el mostrador donde Marcel colocaba los paquetes con los pedidos. A Étienne le parecía muy desagradable,

pero la señora Pierre siempre compraba ternera de primera para su Poupou, todos los días, y se la consentía.

El caniche ladró brevemente.

A Étienne le fastidió que todos tuvieran un sueño que contar. La señora Pierre reía como una cabaretista cuando le preguntaban, la generosa papada extendiéndose hacia el tronco regordete y achaparrado, y se negaba a revelar la naturaleza del sueño. «¡Ah, señora Pierre, todavía está usted joven!», decía Marcel mientras preparaba los catorce euros de ternera. «¡Joven yo, pero qué dice!», decía riendo descocada. «¡Pero aún puedo soñar, es lo que digo!».

Étienne no había tenido ningún sueño. Ninguno en absoluto. Se sintió raro, incapaz de aportar nada a la conversación que tenían Marcel y sus clientes, y salió de la tienda disgustado. Quizá por eso, sin saber cómo, había acabado en la avenida del Général De Gaulle, en el lado incorrecto del Sena. Hacía demasiado que no iba por esa parte de París, y le pareció un buen lugar para evitar a la gente con la que trataba a diario. Allí la enorme autovía hacía ruidoso el paseo, así que pensó en cruzar el río por el puente de la D50 para pasear por Allée de la Seine, que era un paseo mucho más agradable. Recordaba una avenida con árboles y el sonido manso y quedo del Sena burbujeando hacia el sur.

Cuando empezó a cruzar por el puente, sin embargo, algo le contrarió. Estaba bastante seguro de que era una vía de dos direcciones, y sin embargo allí solo había un único sentido. Por lo general no le gustaban los cambios imprevistos, aunque fueran tan irrelevantes como aquel. ¿Cuándo habían reducido el tamaño del puente? Una cosa era cambiar el sentido de un carril, pero otra muy distinta era cambiar toda la estructura. ¿Se había equivocado de lugar, o era otra de esas obras inútiles destinadas a asignar una partida presupuestaria a la empresa del amigo de algún político? Étienne sacudió la cabeza y empezó a cruzar.

—¡Étienne, hijo de puta!

Étienne se volvió dando un respingo.

Miró hacia atrás, pero no vio a nadie.

—¡Étienne, cabrón, cabronazo, bujarrón!

Era una voz de niño, de eso no había duda. Algo aguda, bastante estridente. Gritaba como si quisiera hacerse oír en China.

Étienne miró al otro lado de la carretera y vio a dos niños; el mayor de los dos no debía tener ni catorce de años, y el otro probablemente estaría en torno a los ocho. Les miró, perplejo, intentando averiguar si se dirigían a él.

—¡Falandeiro, escuchapedos, bocasucia, calandraca!

Étienne miró a un lado y a otro, pero no había nadie más en el puente. Los niños lo miraban a él, de eso no cabía duda. El mayor hacía bocina con ambas manos, la cabeza ligeramente levantada, altanero y desafiante.

—¡Étienne, comebragas! ¡Étienne, morrongón! ¡Follaovejas, marica, maricón!

Étienne estuvo a punto de decir algo. La sangre se apresuró a agolparse en su cabeza. Hacía mucho que había dejado de entender a los jóvenes, demasiado maleducados, arrogantes, creídos y descreídos a la vez; vivían una realidad basada en internet y los ordenadores que a él se le escapaba, y a menudo cambiaba de acera cuando los veía acercarse en grupo, armando jaleo, mirando cosas en sus móviles de última generación, riendo con demasiado alboroto.

Bajó la cabeza y siguió andando.

—¡Étienne, cobarde, pelandusco, pollavieja!

—¡Cretino, cernícalo, bebesinsed! —exclamó el otro niño.

«"Bebesinsed" —pensó Étienne—. ¿Quién demonios usa una palabra así?».

Pensó brevemente que era una broma. Se detuvo y volvió a mirar, y al hacerlo cayó en la cuenta de una cosa: los niños vestían pantalones cortos y una camiseta sencilla, tal vez demasiado grande, sin ninguna otra ropa de abrigo. Aún era temprano, las diez y media de la mañana, y aunque no hacía un frío intenso, las temperaturas eran todavía bajas para ir con pantalones cortos y camiseta. Quizá no le hubiera llamado la atención si los hubiera visto en una plaza, a las tres de la tarde, bajo el sol esquivo de esas latitudes; en esa época no era demasiado pródigo, pero calentaba lo suyo cuando decidía asomarse por entre las nubes.

—¡Estrujatetas, bazofia, carnaza!

—¡Étienne, comenabos, estreñido, nenaza!

No los conocía, de eso estaba seguro. No conocía a casi ningún niño, al menos no directamente. Repasó mentalmente sus conexio-

nes, y solo encontró una. A veces, el dependiente de la tienda de libros antiguos de la Galería Vivienne se hacía acompañar de su hijo, o tal vez fuera su nieto, e intercambiaban algún saludo social, algo protocolario y breve, pero eso era todo. ¿Quiénes eran entonces esos niños, y cómo sabían su nombre?

—¡Étienne, sesoseco! ¡Étienne, pelo de chocho!

Étienne empezó a inquietarse. El mayor tenía edad y altura suficientes para sacar una navaja, cruzar la calle y asestarle una buena puñalada.

Sudor en la frente. Pasos apresurados y cabeza baja.

Los niños seguían gritando, sin moverse del sitio.

—¡Étienne, follaperras!

—¡Étienne, melón!

Sus voces empezaron a volverse apagadas, a medida que avanzaba. En algún momento dejó de escucharlos. ¿Y si estaban avanzando hacia él, por su misma acera? Se volvió con miedo y descubrió que los niños estaban alejándose, pero tan pronto descubrieron que les estaba mirando, reanudaron su cantinela a voz en grito.

—¡Étienne, cachirulo, carajaula!

—¡Zarrapastroso, botarate, pelopolla!

Étienne reanudó la marcha, sin mirar atrás, apresurando el paso y sudando debajo del abrigo. Había sido un error: no tenía que haber mirado. Les había provocado, de alguna manera, y se sintió culpable. No quería estar allí, quería volver a casa y cerrar la puerta, y recuperar su espacio, su soledad, el silencio. Tenía los puños cerrados y la mandíbula apretada, y los insultos alcanzaban su mente como aeroplanos nazis, amenazadores y preñados de bombas que derribaban todas sus defensas. Tenía miedo. ¿Y si se le acercaban por detrás, porque... tal vez porque había mirado, y les había desafiado de algún modo? ¿Y si le asestaban una puñalada? La gente joven hacía esas cosas. La gente, en general, hacía esas cosas. Sin motivo, más que llevar un abrigo del color equivocado, o...

O tener pelo de polla, se dijo. Tenía el pelo negro, corto y rizado. Siempre lo había tenido así, pero era indudablemente un pelo de polla, y su cuello... su cuello era corto y ancho, como una polla.

Se tocó el cuello con una mano temblorosa y se dijo que, con probabilidad, era también un zarrapastroso. Y un botarate.

Miró la carretera. No sabía qué pasaba con los coches ese día, pero el puente estaba vacío. Hubiera jurado que en esa zona de París el tráfico debía ser intenso, aunque fuera una zona de oficinas y estuvieran en sábado, y pensó que se hubiera sentido mejor con coches pasando en los dos sen...

«En un sentido —se corrigió—. En un solo sentido».

De pronto, sin saber por qué, miró hacia atrás.

Los niños ya no estaban allí. No había ni rastro de ellos, como si hubieran corrido hacia el otro extremo, o con más probabilidad, se hubieran tirado por el puente hacia el Sena. Desde luego no habían tenido tiempo de llegar al otro extremo. Pestañeó un par de veces y observó, con infinito horror, otra cosa: el puente tenía dos carriles, tal y como recordaba, y no uno solo. Y había coches pasando hacia un lado y hacia otro. Muchos coches. Una furgoneta de reparto de una lavandería, un camión con el dibujo de unas patatas sonrientes en el lateral, varios turismos: un BMW, un Audi, un Opel. Una moto.

Y había gente, en las dos aceras. Algunos lo miraban con curiosidad, otros con manifiesto desprecio, porque Étienne Camus sudaba y resoplaba como un cerdo en una dehesa que hubiera decidido pasar veinte minutos brincando entre la hierba. Y eso era raro.

Se quedó inmóvil, cubierto de un sudor frío. El abrigo parecía apretarle en las axilas, y las perneras de los pantalones se habían retorcido, produciéndole una sensación incómoda. Pero comprendió. Cerró los ojos, deslizándose hacia un tobogán de desánimo, y comprendió.

Era un efecto secundario de su estado. De su enfermedad crónica, siempre dispuesta a saltar como una cabeza de payaso con un muelle dentro de una caja. Eran alucinaciones, artificios creados por su mente que se manifestaron de manera terrible en los estadios iniciales de su caída hacia las simas mentales de la enfermedad de la que creía estar recuperándose. Bueno, no era así. Étienne tomaba escrupulosamente sus medicinas, pero estaba claro que algo había fallado. Quizá la dosis no era ahora adecuada, quizá

necesitaba ajustar las cantidades de litio y todas las otras bombas químicas con las que dopaba a su cuerpo cada día.

Resopló hasta recuperarse y en el ínterin se quitó el abrigo. Hacía calor, o eso le parecía. Quizá por eso había imaginado a esos niños vestidos con pantalones cortos. Y tenía pelo de polla, eso seguro. Quizá por eso también aquellos niños, conjurados de Dios sabe qué rincón de su mente, le habían dicho lo que en su fuero interno pensaba de sí mismo. Carajaula. Sesoseco. Cobarde.

Y el puente...

Había estado viendo un solo carril, tan real como los dos que ahora veía. ¿Por dónde había estado andando él, por la acera, o por el asfalto? ¿Y si hubiera... imaginado otra cosa, y hubiera decidido cruzar? Podían haberle atropellado. Podía haber tropezado contra el muro del puente y haber caído al Sena. Y no sabía nadar.

Podía...

Étienne se apoyó contra la barandilla, respirando todavía con dificultad.

Se preguntó si la barandilla sería realmente así, o si habría una barandilla, en todo caso. Tal vez fuera un sencillito muro de piedra y las filigranas de hierro negro fueran un aderezo personal suyo. Algún engaño de su mente para dejar escapar quién sabía qué. Se preguntó si sería verdad que el sol brillaba con fuerza en lo alto. Tal vez lloviese. Tal vez se estuviera mojando; un botarate con pelo de polla bajo la lluvia al que la gente miraba como si estuviera...

Como si estuviera loco.

Tuvo miedo.

Más pastillas supondría... semanas, tal vez meses de pruebas, sesiones, ajustes, reajustes, y entremedias, más alucinaciones. Inquietud. Periodos de eferescencia creativa. Euforia repentina. Profunda depresión a las cuatro de la mañana, llorando sin saber por qué. Supondría comprar un libro al tendero de la tienda de libros antiguos de la Galería Vivienne, ver que el título era *Pronto llegará* y pasarse el día preguntándose qué le había querido decir con eso, qué llegará, y por qué. Ya había pasado por eso, y no se sentía con fuerzas de hacerlo otra vez.

Ese día no reanudaría el paseo.

Volvería a casa, pediría cita con el doctor y se acostaría. La cama, se dijo, podía convertirse en un barco en su cabeza, pero si no se movía de ahí, estaría a salvo.

O eso creía.

Jean Baptiste Ciment-Serre había soñado que paseaba por una hermosa playa de límpida arena blanca. El mar era de un tono celeste tan intenso que parecía irradiar algún tipo de claridad apaciguada, y las palmeras se mecían con suavidad al amor de una brisa suave. El cielo era una inmensidad azul tan diáfana que Jean Baptiste tuvo que cerrar los ojos un instante para darse tiempo a comprender su magnitud: la puerta azul de un cosmos superlativo, inconmensurable, inabarcable, inimaginable. El aire salobre penetraba en sus pulmones. Cada inspiración era una llave que abría una puerta llamada «Felicidad».

En esa playa se encontró con su padre. Llevaba su gorra de capitán y su camisa blanca desabotonada, con la abultada panza, redonda y dura, asomando. Jean Baptiste rio con ganas. «¿Aún conservas esa gorra, papá?», preguntó. El padre se encogió de hombros, como solía hacer, y Jean Baptiste lo amó con desmesura. No dijeron mucho más, y tampoco hizo falta. Se sentaron frente al mar, con los pies metidos en la arena, y cuando él pasó su brazo por encima de sus hombros comprendió que era pequeño otra vez, y su pelo volvía a estar en su sitio, rubio, lacio y abundante, y sus manos eran ahora menudas y las horas duraban diez veces más.

Jean Baptiste apoyó su cabeza sobre el pecho de su padre y escuchó el rumor del océano, sintió la caricia cálida del sol sobre la piel y dejó pasar el tiempo mientras él canturreaba: «Ay, mi pescadito, no llores ya más; ay, mi pescadito, deja de llorar».

Pero Jean Baptiste lloró cuando abrió los ojos y se encontró en su habitación otra vez, y el aire no era fresco ni recordaba en nada al aroma del mar. Pero lloró sobre todo porque su padre no estaba, como no había estado hacía ya cinco largos años. ¿Dónde había quedado aquella gorra de capitán de marina? ¿En qué caja del trastero estaba olvidada?

Eran las seis menos veinte de la mañana, y aunque ya iba tarde para el trabajo, se revolvió contra la almohada y se cubrió con el nórdico intentando recuperar otra vez el sueño.

«Por favor, por favor, déjame soñar lo mismo. Otra vez. Cada noche. Papá».

Beatriz Zamora, en Sevilla, se había despertado jadeando y excitada. Tenía cuarenta y seis años, y había tenido poca o ninguna suerte con los hombres. Quizá porque recordaba la ya casi extinta felicidad conyugal de sus padres, su vida se encontraba enfocada a la búsqueda de ese hombre casi perfecto con el que habría de compartir su vida. Lo buscaba. Lo quería. Lo... ansiaba, con tanta intensidad, que apenas pensaba en otra cosa. Ella imaginaba tardes de sofá juntos, paseos, mañanas de complicidad, sexo, paellas interrumpidas por una situación que comenzaba con un beso suave, luego húmedo, luego una caterva de brazos y manos que recorrían su cuerpo, ardientes y ansiosos, pimentón dulce, chirlas y azafrán que caían al suelo cuando una mano los barría de la mesa, y sexo, sexo dulce, sexo intenso, sexo duro contra el frigorífico, los labios de ella pegados a la lámina mate de la puerta del aparato mientras dejaban un rastro de vaho.

Había buscado en Facebook y también en Meetic, había quedado con amigos de amigas, había buscado con mirada impaciente por los bares, y había tenido relaciones, sí, algunas de una sola noche, otras de un par de días, y algunas de unos pocos meses, pero ninguna contenía esa intensidad que ella construía en su mente sobre unos cimientos de fantasía, idealización y expectativas estratosféricas. Y los besos no sabían a besos, las miradas eran vacías y nadie la hacía sentir como ella pensaba que debía sentirse.

Hasta que el hombre de sus sueños apareció, precisamente, en sueños.

Había vivido todo lo que ella ansiaba. Su mirada la había abierto en canal, exponiendo su alma sin reservas; y los labios de él, generosos y suaves, habían recorrido su rostro con pequeñas tentativas amorosas, en un baile de lenguas que inventaba un lenguaje nuevo para ellos, un éxtasis que no imaginaba que pudiera

existir. Luego había habido sexo, sí, y el miembro erecto de él había pulsado impaciente contra su vientre hasta que se deslizó suave en su interior, mientras las miradas se cruzaban y ambos decían, a la vez, un «te amo» anhelante y preñado de emociones tan intensas que le hicieron sentir un escalofrío en la espalda húmeda de sudor.

Cuando el despertador rompió esa ilusión superlativa y maravillosa, Beatriz tembló. Sudaba, y su respiración aún pretendía seguir el ritmo de las acometidas de él, pero estaba sola en la cama. Las sábanas blancas estaban revueltas como si realmente hubiera pasado la noche con alguien.

Apretó los puños, consumida por una rabia y una frustración repentinas y se preguntó... Se preguntó cuándo llegaría la noche otra vez. Por favor. Y se dijo a sí misma que si no soñaba exactamente lo mismo...

Oh, si no soñaba exactamente lo mismo, se arrancararía cada cabello que tenía en la puñetera cabeza.

Y miró al techo de la habitación vacía y, con lágrimas en los ojos, juró.

—Es como una comejenera —susurró Salacius Balzat mientras veía la televisión desde su sofá.

Balzat era, o había sido, un entomólogo de notable reputación. Había dedicado su vida al estudio de los termes y los nidales que estas construían para vivir y reproducirse. Su fascinación por esos insectos era más que notable; el misterio insondable y profundo de la vida dentro de esos comejenales aún no había sido del todo aclarado cuando escribió su libro *Las termes*, y él lo puso de relieve revelando una vida en colectividad, oscura y maravillosamente sorprendente, tan inquietante como fascinante. El libro se convirtió en referencia imprescindible, una obra maestra que servía como ventana a un mundo secreto, cien millones de años anterior a la aparición del hombre sobre la tierra, y donde se describía con maestría a las hormigas blancas que viven ciegas en pirámides de barro, o bajo la tierra, y que en época de lluvia abren las puertas de sus negruzcas ciudades para dar libertad a machos y hembras alados que darían nacimiento a una nueva pareja real.

Como las hormigas, los termes se manejaban con feromonas; moléculas de olor que emitían, codificaban y manipulaban con una precisión apabullante. Servían para indicar la presencia de alimento, indicar el punto preciso de la comejenera donde se estaba produciendo un ataque, o las necesidades de producción. Pero Balzat había observado que también se comunicaban con una suerte de «mente colmena» cuya fuente, estructura y alcance era difícil de determinar. La comunicación mediante feromonas era una cosa, pero lo que Balzat no había recogido más que sutilmente en su libro era que los termes, como las hormigas, sabían algo sobre comunicación invisible que la ciencia del siglo XXI no podía aún medir, o admitir. Balzat lo llamaba ósmosis global, una suerte de unión invisible entre individuos, que funcionaba con la misma eficiencia que el intercambio de feromonas pasaporte.

Lo que estaba pasando en el mundo le recordaba sobremanera a los termes. Todo el mundo estaba teniendo sueños, y el mismo tipo de sueños además, sueños maravillosos. No sueños bonitos, sino sueños eufóricos, la quintaesencia de la autocomplacencia, prodigiosas fantasías mentales que eran como regalos de la mente para propiciar la satisfacción personal en grados inimaginables.

Las posibilidades de que todo el mundo estuviera teniendo los mismos sueños hacían saltar cualquier fórmula estadística. Era otra cosa. Una mente colmena que prescindía de las feromonas y recurría, directamente, al pensamiento global.

—No hay que olvidar —decía el experto en la televisión— que existe un fenómeno psicológico de imitación. Son tres días de noticias relacionadas con estos sueños, y mucha gente cree recordar esos sueños, y los embellece, o los inventa. Hace unos años, la modelo Kim Kardashian dijo padecer de un dolor lumbar que la molestaba. Fue un mensaje breve en Twitter, pero las consultas de los ambulatorios en todo el mundo se llenaron de gente que acudía para ser tratada por dolor lumbar. En la mayoría de los casos había una dolencia real, diagnosticada y tratada. Eso es imitación psicológica.

—Ya veo —dijo el presentador—. Así que inventados. Pero usted, por ejemplo, ¿ha tenido también esos sueños, o está... imitándolos, de alguna manera inconsciente?

El experto se revolvió, incómodo.

—Los he tenido —dijo, carraspeando—. Pero lo que quiero decir...

El presentador levantó una mano en el aire.

—Sí. Entiendo. ¡Muchas gracias por su tiempo, doctor! Y ahora vamos a dar paso a...

Salacius Balzat apuntó con el mando y cambió de canal, mientras su esposa canturreaba en la cocina. Ni siquiera recordaba cuándo había escuchado cantar a su esposa, probablemente... Probablemente, nunca.

Decía que había tenido esos sueños, pero no había sido muy explícita sobre su contenido.

Balzat miró su reloj y pensó que era hora de su medicina. La llamaba «la argamasa» porque era lo único que parecía mantenerlo unido a la realidad.

Él, por cierto, no había tenido ningún sueño.

Los sueños volvieron al final de aquel día también. Beatriz Zamora se acostó una hora y media antes de lo acostumbrado y se reunió con su hombre de nuevo. Pasearon por una otoñal avenida inventada mientras él la cogía de la mano y la miraba como si quisiera absorberla de alguna manera, la única luz en su mundo, solos ella y él. Él y ella.

Jean Baptiste Ciment-Serre también se acostó temprano. Estaba tan inquieto y nervioso por descubrir si soñaría lo mismo que tomó una pastilla para dormir. Apagó la luz de su cuarto con un estado de nerviosismo similar al de un niño que espera la llegada de los Reyes Magos. Se reunió con su padre de nuevo, esta vez en un hermoso y soleado prado. Él tenía seis años y su padre lo levantaba del suelo y lo lanzaba por el aire como si no pesara nada, y se sentía volar mientras su madre reía feliz y decía: «¡Tan alto no, pocholito!». Pero él se ahogaba en carcajadas y gritaba: «¡Otra vez, otra vez!», y su voz se desparramaba entre las flores y las nubes.

Y el doctor Bouffart, y la enfermera Helen Baker, en Illinois, y la ingeniera genetista Naina Johar, en Nueva Delhi. Y todos.

Todos soñaron. Unos se reunieron con gente a la que echaban de menos: padres, hermanos, hijos... gente importante del presente y del pasado. Otros vivieron aventuras en cuevas ignotas, otros surcaron el mar en catamaranes de madera y brea, y algunos, simplemente, soñaron que se sentaban en la cima de una montaña solitaria mientras los dragones sobrevolaban los cielos fluorescentes de algún reino privado de fantasía.

Pero todos fueron más felices que en ningún otro momento de sus vidas.

Todos.

Capítulo 2

Canción de cuna

El teléfono sonó. Y sonó. Y después de un rato, Étienne Camus devolvió el aparato a su sitio. Era un modelo de imitación de los viejos teléfonos de los setenta. Aun cuando no se observara la pesada caja de bordes redondeados, el rizado cable que describía caracolillos resultaba inconfundible para cualquiera, sobre todo si había vivido aquella época. El dial redondo que producía un ruido mecánico cuando se introducía el dedo y se giraba completaba la ilusión.

Étienne arrugó la nariz. No había forma de contactar con el doctor para pedir una cita. Había llamado a las ocho y media de la mañana, todavía con el pijama puesto; había llamado a las nueve, a las nueve y cuarto, a las diez menos veinte y a las diez, pero el tono se prolongaba en el tiempo, monótono, estéril y desquiciantemente largo.

Étienne empezó con la rutina diaria de desayunar y vestirse. Ese día se duchó, porque había pasado varios días en la cama, languideciendo y dormitando la mayor parte del tiempo. Y durante el sueño había sudado bastante, hasta el punto de arrojar la almohada lejos porque la encontró fría, húmeda y desagradable al tacto. La luz de la habitación cambiaba en los breves y frecuentes periodos de vigilia; tan pronto se veía envuelto en una luz crepuscular y dorada como se encontraba con la profunda oscuridad de la noche cerrada. Tenía también un vago recuerdo de haberse levantado, en algún momento, y cocinado unos huevos, pero en la cocina solo encontró residuos plásticos de envases de jamón cocido (cinco lonchas, un euro) y el envoltorio de un paquete de huevo hilado, un bote de leche vacío y migas de pan, que había descongelado de la provisión de reserva que almacenaba en el congelador. No recordaba qué narices había hecho con todo eso, pero tenía otra vez hambre, y eso, se dijo, era bueno.

Atendiendo un repentino arrebato, Étienne cogió el teléfono y marcó el número de la consulta. Eran las once menos veinte, y tampoco hubo respuesta.

Étienne revisó su agenda. ¿A qué hora abría la condenada consulta? A las ocho de la mañana, leyó en sus notas. Horario de consulta de ocho a seis de la tarde, ininterrumpidamente. Había mirado el calendario de la cocina y descubierto que era jueves, y que él supiera, no era en absoluto festivo. Era un día normal. Entonces ¿qué pasaba con la dichosa consulta? Por su experiencia sabía que la chica del mostrador languidecía entre llamada y llamada. A veces miraba la pantalla con interés, como si estuviera desentrañando los misterios fundamentales del universo, pero sospechaba que en el monitor plano y elegante de su iMac debía haber su muro personal de Facebook, o la web de Qué Hay Hoy en París.

Tal vez, se dijo, todo el mundo se estaba volviendo loco, y la consulta no daba abasto. O tal vez era lo contrario, y la consulta había cerrado. Étienne no quería cambiar de médico. No quería tener que contarle a un extraño toda su historia personal y pasar innumerables sesiones escarbando otra vez en el pasado, sesiones alargadas en el tiempo con incesante verborrea de médico para asegurarse, al menos, ocho sesiones mensuales a noventa euros la hora. No solo era tedioso, era insultante.

Iría a la consulta. Podían haber cambiado de teléfono tanto como haber cerrado ese día por defunción de algún familiar, amigo o cliente.

Cuando bajó a la calle, sin embargo, percibió algo diferente. Era jueves, y eran casi las doce ya cuando pisó la acera, usualmente húmeda porque el portero, el señor Feraud, gustaba de baldear tres y cuatro veces al día. El señor Feraud amaba el olor a lejía y detergente de limón, y el aspecto brillante de la acera mojada. Pero ni el señor Feraud estaba en su sitio acostumbrado ni vio actividad alguna en la calle. La tienda de Marcel estaba cerrada, y también la tienda de electrodomésticos. Tan solo la cafetería de la esquina, La Lune Bleue, permanecía abierta, sin ningún cliente en su reducida terraza.

Étienne pestañeó. Era fiesta, de eso no había duda; probablemente alguna festividad local que había olvidado. Y era raro, por-

que Étienne contaba ya con casi cincuenta primaveras y siempre había tenido el calendario muy presente, tanto las fiestas nacionales como las locales.

Sacudió la cabeza.

Quizá por pura inercia empezó a andar por la calle, dando pasos cortos como quien comienza un paseo sosegado y sin rumbo, solo por el placer de andar. La ferretería estaba cerrada, y también el estanco. Un hombre miraba la persiana de la puerta con gesto apesadumbrado, un puñado de monedas en la mano, como si acabara de reunir las para comprar un paquete de Gauloises Blondes. Étienne le dedicó una mirada; descubrió que el hombre llevaba zapatillas de andar por casa, y bastante sucias, por cierto.

El hombre se giró y se quedó mirándole. Luego cruzó la calle sin tener la precaución de mirar a ningún lado y se dirigió hacia él. Étienne apretó los dientes, anticipándose a la conversación. ¿Tiene usted un cigarro? No, no fumo. Ya, ya nadie fuma. Es porque es malo. Ya. Gracias, igualmente. Buenos días. Buenos días. Pero cuando el hombre se acercó a él, con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto en el rostro, dijo:

—¿No duerme usted?

Étienne se quedó mirándolo.

—¿Cómo dice?

—Que si no duerme usted. El estanco está cerrado. ¿Sabe dónde puedo encontrar tabaco?

—No, lo siento, no fumo.

—Está bien —dijo el hombre—. Me iré a casa, entonces. ¿Con qué sueña usted?

Étienne pestañeó. De pronto, recordó las conversaciones sobre los sueños de días atrás y valoró si tendrían alguna relación con la pregunta; pero rápidamente se inclinó a pensar que aquel hombre estaba trastornado. Si mucho o poco, no lo sabía, pero trastornado. Su mano derecha seguía extendida hacia él con unas cuantas monedas sobre la palma, y parecía vestido con lo primero que había encontrado por casa: unos pantalones de pana gris, una camisa blanca, una rebeca azul con un jugador de golf bordado en verde sobre el corazón. Sus cabellos lucían desmañados sobre una cabeza que empezaba a acusar una importante calvicie.

—Yo... Pues no lo sé —respondió Étienne—. No sé decirle.

—Ah. Entiendo. Mucha gente no quiere decirlo. Cosas suyas. Está bien. Yo sueño que tengo mucho dinero, y me paso el día comiendo, sentado a la mesa de un gran banquete decorado de Navidad. Me gusta mucho la decoración navideña, a mí, ¿sabe?

—Me parece muy bien —respondió Étienne, cortés—. Es bonita, la Navidad.

—Sí que lo es —dijo el hombre, y sin añadir nada más, se giró y dirigió sus pasos hacia la cafetería La Lune Bleue, por el centro de la calzada.

Étienne pensó en advertirle. Las zapatillas de andar por casa producían un ruido mullido contra el asfalto, fris, fras, pero la calle estaba tan vacía como en las ocasiones especiales en las que había algún partido de fútbol importante. Étienne Camus no vivía en una gran avenida, pero aún así solía haber bullicio incluso los fines de semana. Era una arteria importante del entramado de calles del barrio, y que él supiera, era prácticamente el único acceso a la autovía y la zona de La Salle. Pero no había tráfico; no lo había habido desde que salió del portal y empezó a caminar por la calle.

Étienne sacudió la cabeza, prosiguió su camino y se olvidó del hombre. Pero al llegar a la esquina vio algo que le confundió: la oficina del banco, el Crédit Lyonnais, estaba abierta.

Étienne se detuvo. Si el banco estaba abierto, la posibilidad de que fuese fiesta local quedaba del todo eliminada. ¿Podía tratarse de un puente, entonces? Festivo ayer, festivo mañana. Podía imaginar al señor Marcel apuntándose a un breve periodo vacacional de tres días, y lo mismo muchos otros negocios locales, por lo general negocios familiares pequeños, pero no un banco. Pensó en entrar a preguntar, pero decidió que lo mirarían como un marciano, y le venció algún extraño sentimiento de pudor y timidez. Lo dejó pasar y continuó su camino.

Un poco más allá, cuando dobló a la derecha por la Rue des Moines, vio otro negocio abierto. Un pequeño local de lámparas y decoración especializado en Tiffany. Una mujer, cruzada de brazos, lo miró con curiosidad desde la puerta. La había visto otras veces por el barrio, o tal vez la había visto a las puertas de esa misma tienda, en un par de ocasiones. O era la dueña, o trabajaba allí.

Étienne se detuvo. ¿Por qué estaban algunos negocios abiertos y otros cerrados? Frunció el ceño. ¿Y si estaba imaginando cosas? ¿Y si la tienda de Marcel estaba perfectamente abierta, así como el estanco, y aquel personaje extraño sacado del paseo dominical de un sanatorio mental lo había construido él mismo? ¿Había estado hablando solo en la acera a las puertas de su casa, donde gente como el señor Feraud podían haberlo visto? Se incomodó, carraspeó brevemente y trató de ocuparse en hacer pequeñas inspiraciones, breves pero profundas.

—Buenos días —saludó la mujer.

Por un momento, Étienne pensó que empezaría a llamarle cosas. Holgazán. Botarate. Pelopolla.

—Buenos días —saludó Étienne.

—Es usted una rara visión —dijo la mujer.

Étienne inclinó la cabeza, confundido.

—¿Le parece raro? —preguntó, a la defensiva.

La mujer sonrió.

—¡No, señor! —dijo—. Solo digo que es raro ver gente por la calle, cada día más.

—¡Ah! —respondió Étienne—. Es verdad. ¿Qué ocurre? ¿Es fiesta hoy?

—¿Hoy? No, no. Hoy es un día laborable. Es por... bueno, ya sabe, por lo que está pasando.

Étienne pestañeó. Su gesto era inequívoco. Estaba en la inopia de lo que fuese que estaba pasando.

—¿No lo sabe? —preguntó la mujer, sonriente y altiva. Nada gustaba más a un francés que tener la oportunidad de ilustrar a alguien—. ¡Acérquese! Gritaremos menos.

Étienne asintió. Se ajustó el abrigo, miró a un lado y a otro de la calle e hizo una tentativa de dar un paso. Luego recordó el puente y se preguntó si la calle estaba tan vacía como parecía. Tal vez estuviera vacía solo en su cabeza y estuviera exponiéndose a un atropello, pero antes de que pudiera darse cuenta, su pie derecho pisaba la calzada y se dirigía, con el estómago apretado, hacia la mujer de la tienda de lámparas y decoración. Cuando llegó ante ella sintió alivio.

—Los sueños, hombre. ¿Sabe de qué le hablo, o no?

—¡Ah! Sí, sí. —Dudó un instante y añadió—: No. No lo sé.

La mujer, al contrario que el hombre, no parecía trastornada. Tendría unos cuarenta y tantos, con el pelo rizado, rubio, recién salida de la peluquería. Su jersey presentaba dos formas abultadas, como las cabezas de dos misiles. A Étienne le costó no mirarlos directamente.

—Usted no sueña, ¿eh? —preguntó la mujer—. A algunos les pasa. Mi marido, que es un vago y un idiota, sí que sueña. Parece un imbécil hablando de sus sueños, solo quiere dormir y dormir. Lloro como un bebé cuando se despierta. Un imbécil, se lo digo yo. Allí le he dejado en la cama, he sido incapaz de sacarlo a la calle. Es un vago redomado. Yo he soñado, pero no tanto como casi todo el mundo. Anoche no soñé, por ejemplo. Esperaba que sí, claro, porque... porque esos sueños...

—Todo el mundo habla de esos sueños —dijo Étienne—. ¿Qué tienen de especial, y qué tienen que ver con... lo que está pasando?

—No lo sabe —rio la mujer—. ¿Dónde ha estado metido, hombre?

—Yo... He estado enfermo... —respondió Étienne, incómodo.

—Ah. Entiendo. Pues cuando se ponga bien y tenga esos sueños no haga como todo el mundo, ¿sabe? Porque mire cómo está Francia... es peor que en agosto a las dos de la tarde.

—¿Las... tiendas están cerradas por... los sueños?

La mujer volvió a reír.

—Es usted muy gracioso —dijo—. Ya le había visto otras veces, pero parece que tiene la casa muy decorada, ¡y que tiene lámparas suficientes! Nunca le he visto en mi tienda. ¿No le gustan las Tiffany? Son caras, de acuerdo, ¡pero harán un mundo por su salón, sea lo que sea que tenga en él! Ya se lo digo yo —pensó unos instantes, mirando hacia el cielo azul y ausente de nubes—. Estos días no han sido muy buenos, ¿sabe? Ni siquiera hay pedidos online. Vendemos mucho, online. Internet es una gran cosa.

—Sí, supongo que lo es.

—Mire... —añadió la mujer—. Siga andando por la calle hasta la plazoleta y, cuando llegue al café Martin, suba por la avenida hasta la farmacia de Bruissard, ¿la conoce?

—S-sí —respondió Étienne, confuso.

—Vaya allí. Esta mañana, cuando pasé de camino hacia aquí, estaba abierta, así que el espectáculo debe ser bueno.

—¿Un espectáculo? —preguntó Étienne, sin comprender.

La mujer puso los ojos en blanco.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la mujer—. ¡Vaya y sabrá lo que está pasando! Se lo podría contar yo, pero es mejor que lo vea usted mismo. Quizá entonces, si sueña, no se volverá un obsesivo como todo el mundo.

—Un obsesivo —repitió Étienne, desconfiado. En su cabeza empezaba a conjurarse la pregunta, aún esquiva y brumosa, de si aquella señora sabría algo de su enfermedad.

—Sí. ¡Hala! Vaya, y si quiere, luego me cuenta. Total, no creo que vengan muchos clientes, hoy. Mira que le dije a mi marido que convendría ahorrar un poco, pero es un vago, ese hombre. A mí me da como penilla, ¿sabe? Si no fuera una tan buena lo dejaría con su madre y me iría a... no sé, a España, por ejemplo.

—A España —repitió Étienne.

—¡Vaya, vaya! —dijo la mujer, haciendo un gesto con la mano—. Vuelva luego, si no tiene nada que hacer. De todas maneras no hay mucho que hacer, me parece, con la mitad de París dormida.

Étienne asintió, le dio las gracias con amabilidad y se despidió con un gesto de cabeza. El café Martin estaba cerrado, y también las otras tiendas que había alrededor. La Pâtisserie... no recordaba haber visto la Pâtisserie cerrada, ni siquiera en domingo; tal vez los domingos por la tarde, a lo sumo. Pero cuando llegó a la farmacia, se encontró con un espectáculo que no esperaba.

Sorprendentemente, había bullicio en la puerta del comercio, y una cola de gente que esperaba su turno subía por la calle y daba la vuelta al edificio. Algunas personas esperaban alrededor de la puerta, la mayoría escribiendo mensajes en sus móviles, dando vueltas con cara de fastidio y un evidente nerviosismo. Había grupos que hablaban entre sí, enseñándose las pantallas de sus terminales.

¿Qué pasaba con la farmacia?, se preguntó Étienne.

Un anciano encorvado con una boina en la cabeza salió por la puerta, pasando por el umbral con cierto esfuerzo. Llevaba en la mano una bolsa de farmacia bastante voluminosa.

—¡Eh! —dijo alguien—. ¿Qué lleva ahí?
El hombre no contestó.

—¡Oiga! —le increpó una mujer—. ¿Qué lleva en la bolsa?
—¡Son mis medicinas! —exclamó el anciano, apretando la bolsa contra su pecho.

—¡Son pastillas para dormir! —dijo alguien más.
—¡Son pastillas, le hemos visto comprarlas!
—Oiga —dijo la mujer, iracunda—. ¿Cuántas lleva? ¡Deje alguna para los demás!

—¡Yo compro lo que quiero! —graznó el anciano. La mano con la que agarraba la bolsa temblaba visiblemente.

—¿Cuántas cajas ha comprado? —preguntó un señor—. ¡Lleva una bolsa llena!

—No va a haber bastantes —lloriqueó alguien.

—Dolorel —dijo un joven que miraba su móvil—. Si no hay pastillas, Dolorel es para el dolor muscular y produce sueño...

—¡No quiero Dolorel, me he inmunizado al Dolorel! —chilló la señora.

Alguien agarró la bolsa del anciano.

—¡Deme una caja! —gritó—. ¡Yo se la pago! ¡Le pago el doble!
—¡Yo le pago cuatro veces más! —gritó alguien.
—¡Le doy cuatrocientos euros!

Étienne miraba la escena estupefacto. ¿Habían dicho... pastillas para dormir? ¿Para eso era la cola, para comprar pastillas para dormir?

Una chica joven con el pelo azul apareció detrás del anciano. Tenía los ojos encendidos en un rostro blancuzco, casi lechoso.

—¡No quedan pastillas! —gritó—. ¡Se acaban de terminar!

Un murmullo encendido empezó a recorrer la fila. Alguien cogió la bolsa del anciano con ambas manos y tiró de ella. El anciano empezó a gritar, un grito demasiado agudo y tembloroso como para ser de un adulto. Étienne retrocedió un par de pasos, horrorizado. La bolsa se abrió y varias cajas de Dormidina cayeron al suelo con un sonido sordo. La gente alrededor se agachó al instante. El anciano cerró el puño y empezó a golpear las espaldas de cuantos tenía alrededor; golpes débiles que nadie llegó a acusar realmente. Tenía las facciones apretadas en un llanto sin lágrimas.

—¡No quedan pastillas! —se repetían unos a otros, y el comunicado se extendía por la cola, calle arriba, levantando expresiones de protesta. La gente empezó a abandonar sus posiciones en la cola y a correr hacia la puerta de la farmacia. Un hombre cayó de culo al suelo, y alguien le pasó por encima, pisándole la mano.

—Dios mío —musitó Étienne, que seguía retrocediendo.

Algunos salieron corriendo por entre el tumulto, despeinados, el abrigo desgarrado sobre los hombros. En las manos llevaban blísteres de plástico con pastillas encapsuladas, el puño cerrado alrededor como si fuera un billete para el Paraíso.

Étienne se dio la vuelta, incapaz de enfrentarse a la situación por más tiempo. A sus oídos llegaban los gritos, los juramentos y las voces que ofrecían cantidades desorbitadas por un par de pastillas. Pero Étienne no quiso escuchar más. Agachó la cabeza y empezó a andar por la calle, determinado a llegar de nuevo a su casa. En su mente retumbaba un solo pensamiento: Pastillas para dormir. Para dormir. Pastillas para dormir.

—Parece que el señor Deschain no va a venir, finalmente —anunció el presidente de la compañía, dejando su teléfono móvil sobre la mesa.

—¿Cómo? —preguntó el abogado de la compañía—. Pero... Pero eso es...

—Inadmisible —exclamó el presidente—. Lo sé. Tomaré las medidas oportunas.

Miró a través de los ventanales. Desde allí se podía apreciar una vista que muchos calificarían de hermosa, o privilegiada, tal vez: el perfil abigarrado de edificios del centro financiero de París. Edificios altos, estériles, fríos, cubiertos de ventanas que devolvían el reflejo de otros edificios parecidos, creando un océano de horrigón y paneles brillantes.

—¿Hay cuórum para aprobar la junta? —preguntó el secretario, que era además director de ventas.

—Bueno, ciertamente hay notables ausencias, tal vez podríamos....

Uno de los hombres sentados a la mesa, vestido con un traje de mil doscientos dólares, se incorporó de repente. Tenía la frente perlada por un pequeño regimiento de gotas de sudor frío sobre la piel caliente. Los demás se quedaron mirándole, perplejos.

—¿Señor Foissard? —preguntó el presidente, dubitativo—. ¿Algún problema?

—Yo... —balbució—. Lo siento... No... No puedo con esto.

Los reunidos intercambiaron miradas confusas.

—¿Que no puede con qué? —quiso saber el presidente, con el puño cerrado sobre la lujosa mesa de caoba negra.

—Con esta... esta mierda. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Señor Foissard! —exclamó el presidente—. ¡Señor Foissard, vuelva aquí!

El señor Foissard abrió las puertas dobles de la sala y desapareció de la vista.

—¿A dónde puñetas va? —graznó el presidente—. ¡Es la puta reunión anual, cojones! ¿Qué está pasando aquí?

La jefa de comunicación, una chica bonita con un elegante traje de ejecutiva, susurró algo que nadie pudo oír. Se miraba las manos, apoyadas sobre la mesa pulimentada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el abogado.

—He dicho que, seguramente, se va a dormir —susurró—. Como Deschain. Como todos. —Entonces dirigió una mirada dubitativa a los demás, se levantó y avanzó dando pequeños saltitos hacia la puerta, posiblemente para no perder el equilibrio por llevar unos tacones que odiaba con toda su alma. Luego desapareció de la vista también.

Nadie dijo nada durante un rato.

El director de ventas tiró sus papeles sobre la mesa, se incorporó y se marchó.

Parecía tener prisa.

Emplazada en lo alto de una colina, la Maison Monde de Couleurs era visible desde casi cualquier punto a varios kilómetros a la redonda: un edificio marrón de tres pisos, rodeado de gene-

rosos jardines con árboles centenarios. Había flores, un par de fuentes de piedra y un sinuoso sendero que daba la vuelta a la residencia, punteado con bancos de piedra o madera. En verano, los pacientes hacían sus ejercicios en el prado cercano a la terraza frontal, directamente sobre la hierba. Por consejo del jardinero, iban rotando la ubicación para dar tiempo al césped a recuperarse, pero siempre encontraban rincones donde los álamos arrojaban una agradable sombra; allí extendían sus esterillas en el suelo y hacían ejercicios suaves, muchas veces con tramos sosegados donde se ocupaban solo de respirar, dirigir sus rostros al sol y sentir el calor en la piel. Los domingos eran el día de visita, y a poco que hiciera buen tiempo, las familias hacían pícnic en los prados; el último domingo trajo un cielo despejado y un sol precioso, pero no vino nadie.

Tampoco hubo cena.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Francine.

Teo se encogió de hombros.

—Van a cerrar, ya te lo digo yo —opinó Yves.

—No van a cerrar —dijo Francine—. Lo he calculado. Setenta y seis pacientes, a mil ochocientos euros, son una buena cantidad de dinero, suficiente para pagar todos los sueldos, toda la comida, mantenimiento de las instalaciones, impuestos, personal externo, medicamentos... Todo. Es un buen negocio. No van a cerrar.

—Lo has calculado, ¿eh? —preguntó Yves, divertido.

—Francine lo calcula todo —dijo Teo—. ¿Has calculado qué vamos a hacer?

Francine asintió.

—Tenemos que hacer nosotros la cena.

—¿Cómo que tenemos que hacer la cena? —preguntó Yves—. ¡Lo que me faltaba!

—Hoy hemos comido a las seis de la tarde —dijo—. Y dime, ¿qué tal la comida?

—¿Por comida te refieres al vaso de leche con tostadas y esa birriosa pechuga de pollo medio cruda?

—Exacto —dijo Teo.

—Ha sido algo improvisado —dijo Francine—. Lo ha hecho André, el celador, rápido y como ha podido, porque no queda na-

die más. No queda nadie en la consulta, ni en la oficina, ni en ninguna parte.

—Ah, bien. ¿Y dónde está André ahora? —preguntó Yves con cierta sorna.

—Después de servir la comida, ha cogido su coche y se ha ido.

—Se ha ido —confirmó Teo—. Su coche ya no está.

—¿Cómo que su coche no está?

—Que no está, Yves. Se ha ido, como todo el mundo.

Yves sacudió la cabeza.

—Bueno, alguien vendrá, no me fastidies —insistió.

Teo sacudió la cabeza.

—Hace dos días que no se hacen sesiones de baño —dijo Francine, poniendo los ojos en blanco como si repasara una lista mental—. Se ducha el que puede, o quiere. Dos días que no hay servicio de limpieza. Hace tres que no hay reparto de medicinas, cinco que no hay consulta. El camión de reparto hace una semana que no viene. La directora no aparece desde hace diez días. Y desde hace quince que el personal ha ido reduciéndose hasta quedar en... nada. Nadie.

—Ya lo sé —exclamó Yves—. ¡Ya lo sé! No se habla de otra cosa.

—La señora Famechon necesita un cambio de pañal —repasó Francine—. Foissard no se toma su medicamento; hoy le he visto susurrando en un banco del jardín, como si hablara con alguien. Si entra en crisis va a ser muy desagradable.

—Anne está histérica —apuntó Teo—. Ese tipo escocés, como se llame, le ha dado un calmante. Pero es un paciente, no un doctor.

—No puede hacer eso —dijo Yves—. No podemos automedicarnos.

—Ese es el tema, Yves —dijo Teo—. Estamos subidos a un tren que acelera por una pendiente, y no hay nadie a los mandos.

—Ya lo sé, ya lo sé... —exclamó Yves con fastidio—. ¡Ya lo sé!

—Pues no hagas preguntas raras —dijo Teo—. Se han ido a dormir, seguro. No van a venir más.

—Los puñeteros sueños —susurró.

—Los puñeteros sueños —repitió Teo, asintiendo.

—Habrá que avisar a alguien —dijo Yves de repente.

Francine suspiró.

—Sigues sin enterarte, Yves —susurró Teo—. No hay nadie a quien llamar.

—¿Cómo que no? —preguntó Yves—. A la policía, para empezar. Alguien debe saber que nos han dejado tirados. Eso es negligencia profesional. Al ministro. Al presidente. Llamemos a los medios, les tiraremos el pañal de la señora Famechon a la cara.

—No hay teléfono —informó Francine, ajustándose las gafas sobre la nariz con el dedo índice—. Desde hace cuatro días.

—Ah, pues... se lo diremos a André —contestó Yves—. ¿Ya lo sabe? Tenemos que decirle que el teléfono no funciona. ¿Dónde está?

Francine y Teo se miraron brevemente.

—Yves... ¿Estás tomando tus medicinas?

Yves asintió. Luego sacudió la cabeza y negó con cierta desgana.

—Vamos —dijo Teo—. Vamos a tomar tus pastillas. Luego haremos la cena.

Teo se quedó mirándole, pensativo.

—¿Y tú por qué tienes tanto interés en hacer la cena? —preguntó.

—Vamos, Yves —dijo Teo con cierta dulzura—. Las pastillas primero, las respuestas después.

Esa noche cenaron tarde, pero se las arreglaron para preparar puré de patata con empanadillas y una ensalada básica hecha con tomate, lechuga, zanahoria, cebolla y remolacha. La cocina, a pesar de que hacía una semana que no recibía suministros, estaba razonablemente bien provista, así que solo echaron de menos el pan y el vino. Ninguno de ellos tenía experiencia cocinando para tanta gente, pero consiguieron, con ayuda de un grupo de internos más, preparar algo que pudiera quitarles el hambre.

Teo miró el comedor, donde los pacientes masticaban e intercambiaban conversaciones triviales, y se alegró de que hubieran podido mantener la ilusión de normalidad. Habían hecho una buena cosa, algo tangible, una acción que tenía una recompensa inmediata: la marcha normal de la residencia, con todas sus

pequeñas cajas de bombas, como él las llamaba. Esa ilusión de normalidad era importante. No importaba si no pasaba nadie con un documento de uno a otro lado, si los doctores no cuchicheaban en el área de recepción, o si la chica que solía apostarse allí estaba ausente desde hacía tiempo. Para la mayoría, la normalidad se reducía a poder mantener sus hábitos diarios.

—La señora Lanzat dice que puede hacer estofado mañana —le informó una mujer brevemente, acercándose desde atrás y susurrándole al oído.

—Gracias, querida —exclamó Teo, sonriendo.

La mujer levantó un pulgar y se alejó, ajustándose la rebeca sobre sus grandes pechos.

—Pareces contento —dijo Francine de repente.

—¿Contento? —preguntó Teo—. Bueno, ¿por qué no? Hemos conseguido dar de comer a toda esta gente, y el desayuno y comida de mañana están solucionados. Está bien.

Francine pestañeó.

—¿Bien? —preguntó—. Estamos sentados sobre un polvorín, ¿y tú te alegras de tener unas galletas en el bolsillo?

Teo carraspeó.

—Todo se arreglará —dijo.

—Las cosas no se van a arreglar solo porque queramos que se arreglen. Esto es el caos, y el caos solo genera caos.

—Vamos, Francine —protestó Teo—. Estás siendo pesimista.

Francine pinchó un tomate y se lo llevó a la boca mientras asentía.

—¿Tú sabes qué medicinas toma la mitad de esta gente, o aún... la mitad de la mitad? Pregúntales. A ese gordo de ahí le daban seis o siete pastillas por la noche, y tres más por la mañana. A veces se lo llevaban a enfermería para inyectarle algo. Los lunes, miércoles y viernes, y siempre protestaba.

—¿Cómo puedes recordar eso? —preguntó Yves.

—Observo —dijo Francine—. Aquí no puedes hacer mucho más. Pero a lo que voy es... pregúntale. Pregúntale qué toma. ¿Litio? Seguro que una de esas pastillas es litio. ¿Cuánto toma? ¿Quinientos miligramos? ¿Menos, más?

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Teo.

—La gente de aquí no toma medicamentos críticos para su organismo. Algunos sí. Hay diabéticos, enfermos crónicos de riñón y de corazón, pero la mayoría no sufrirá un parada respiratoria si no toma sus medicinas, la mayoría toma esos medicamentos para estabilizar su salud mental. Muchos empezarán a comportarse raro, y terminarán desarrollando una crisis. Seguro que te suenan, las crisis.

Teo asintió, incómodo.

—Algunos son violentos. Esa señora de ahí, la que tiene cara de abrazaniños, podría sacar unas tijeritas doradas de costura del bolsillo y clavártelas en el ojo en cualquier momento.

—¡Oh, Francine! —protestó Yves.

—Vale. Ya lo pillo —dijo Teo.

—¿Acaso alguien ha preguntado por su medicación en este tiempo?

Teo negó con la cabeza.

—Pero yo tomo mis medicamentos —dijo—. Tengo en mi habitación, y sé que hay más en el dispensario. No he tenido que preguntarle a nadie.

—Tú sí—exclamó Francine—. Yo también. Y he visto a otros coger sus dosis. Porque no estamos tan mal como mucha de esta otra gente. Pero somos los menos.

—Francine dice que esto se va a convertir en el Nido del Cuco —dijo Yves.

La chica asintió.

—Eso por lo menos —aseguró, pinchando otro tomate del plato.

—Bueno... ¿Y qué sugieres? —preguntó Teo.

Francine terminó de masticar y tragar con cierto esfuerzo.

—Vale. Necesitamos información —dijo.

—¿Información?

—Sobre lo que está pasando.

—Ah.

—Cuando las cosas empezaron a volverse raras y la televisión empezó a hablar del asunto todo el día, muchos de los pacientes se pusieron nerviosos.

—Sí —recordó Teo.

—La televisión aquí no va por la antena, por temas de censura. Hay ciertas cosas que aquí no se deben ver, como películas violentas, documentales sobre temas de misterio, desgracias, cosas así... Así que la televisión viene por internet y se filtra en un ordenador de las oficinas.

—Eh —dijo Yves—, no podemos entrar en las oficinas. Está prohibido.

Teo puso los ojos en blanco.

Francine miró a Yves con una expresión paciente en su rostro juvenil. Yves era un hombre rabiosamente guapo, con un atractivo natural innegable. Daba igual que estuviera desaliñado, despeinado o sin afeitado, nada conseguía mermar su belleza masculina. Decir que era hermoso era aplicar un eufemismo. Francine, cuando hablaba con otras chicas de la residencia, lo definía de otra forma: Yves era follable, y eso era lo que más se ajustaba a la realidad. Follable. Era alto, además, y se mantenía en muy buena forma para andar todo el día vagueando por la residencia. Pero era idiota, en la misma proporción que follable, como si en el reparto de estadísticas vitales Yves hubiera gastado todos sus puntos en su presencia física. Francine no creía que su reducido intelecto tuviera nada que ver con los medicamentos: el tipo era imbécil, y eso resultaba evidente a poco que cruzaras cuatro palabras con él. A veces, además, algo en su cerebro parecía cortocircuitarse y descendía a grados de intelectualidad más propios de las amebas ancestrales que de un ser humano, sí, pero al decir de Francine, al menos, continuaba siendo follable.

—Tranquilo, Yves —exclamó Teo—. Continúa.

—Tenemos que averiguar qué pasa ahí fuera —susurró Francine—. Y en función de eso, ver qué opciones tenemos. Hemos que ir a la oficina y acceder a una televisión.

—Oh —dijo Yves—, ¿quieres eliminar los filtros para que todos podamos ver todos los canales? ¿Canales porno, películas de terror! Quiero ver un documental sobre el 11-S. ¿Sabéis que fueron los propios americanos quienes derribaron las torres? ¿Cómo se llamaba aquella película...? Había un tipo con una máscara que asesinaba a todo el mundo, pero nunca corría, él...

—No creo que sea bueno para nadie abrir la televisión para todos —interrumpió Teo—. Lo veremos solo nosotros. Algún tele-diario. Noticias.

—Ah, entiendo —dijo Yves—. ¡Qué bueno!

Cogió su pechuga de pollo con los dedos y empezó a darle bocados, distraído con sus confusos pensamientos.

—Después de cenar —dijo Francine.

—Después de cenar —repitió Teo.

Yves empezó a canturrear mientras masticaba.

La oficina de administración y dirección estaba protegida únicamente por una puerta sencilla con una cerradura rudimentaria, pero para sorpresa del grupo, ni siquiera estaba cerrada con llave. El pomo hizo clic y la hoja se deslizó con suavidad hacia dentro.

Teo recordaba haber estado allí cuando se entrevistó con la directora, acompañado de su hermano, hacía como una eternidad. Por entonces era Navidad y sobre las mesas había espumillón y bolas brillantes, y un Papá Noel de un tamaño impresionante sentado en una silla, con una campana de tela cosida a la mano. Recordó vagamente que la campana le disgustó sobremanera. Estaba cosida a la mano, ¿qué sentido tenía eso? La directora hablaba sobre su dedicación y su amor por sus pacientes, sobre la seguridad del centro, la atención personalizada, necesidades específicas, deporte al aire libre y talleres estimulantes, y él no podía apartar la vista del Papá Noel. Su cabeza colgona le pareció triste y abatida, los ojos redondos denotaban una tristeza disimulada porque, ¡eh!, era Navidad, ¿y qué tipo de mensaje estaría dando Papá Noel si hacía ver al mundo que el Rey de la Magia se sentía devastado en su interior, consumido por una tristeza tan honda que casi olía a cloaca?

—¿Estás bien, Teo? —preguntó su hermano.

—¿Qué? Oh, sí. Sí —mintió.

Pero no lo estaba. Estaba a diez mil millones de kilómetros de sentirse bien. La campana. ¿Por qué estaba cosida a su mano? ¿Qué clase de tortura medieval, de imposición bárbara y cruel, le habían infligido al pobre gordo? Iba a pasar en esa residencia un

tiempo indeterminado que dependía de su evolución médica y él solo podía pensar en campanas de tela (;de tela!). Con pelitos.

La residencia iba a costar una fortuna, pero su hermano tenía dinero. No era rico, pero ganaba una cifra considerable cada mes con su pequeña empresa de instalaciones eléctricas y reformas en general, sobre todo durante los peores días de la crisis inmobiliaria. La gente no podía acceder a una vivienda mejor, así que reformaban la que tenían cuando era necesario. El verdadero bienestar económico llegó cuando firmó acuerdos de colaboración (bastante lucrativos) con algunas compañías de seguros. Daños por agua, carpintería, suelos que se levantaban inesperadamente con un crujido seco en mitad de la noche, etcétera. Su hermano se ocupaba de todo eso, y pasaba facturas. Muchas facturas. A veces, de cifras con tres ceros.

—Oye —le dijo un día—. La residencia cuesta un dinero, es verdad, y no te negaré que me gustaría más tener esa cantidad en mi cuenta, pero si es lo que necesitas, cuenta conmigo. Yo pagaré las facturas.

Teo le dijo que era demasiado dinero.

—Es peor cuando me llama tu vecino en mitad de la noche porque estás meando por la terraza, majadero —exclamó—. Es peor cuando tengo que indemnizar a alguien porque te has cargado su coche, porque era un coche negro de los putos jodidos hombres de negro del gobierno de no sé dónde. Es peor cuando te llamo y no dices nada, y de repente me preguntas si he sentido cosas arrastrándose debajo de mi cama entre las tres y las tres y media de la madrugada. Y es peor cuando te invito a casa y te quedas mirando la pared, embobado, porque asustas a tu sobrina y a tu cuñada, y me asustas a mí. Me asustas mucho. Eso es peor.

Teo agachó la cabeza, avergonzado.

—Así que métete ahí unos meses. A ver qué sucede. Quizá den con lo que te pasa, o quizá la tranquilidad te venga bien. Sin estrés. Dormir mucho, comer bien, leer algún libro, hacer ejercicio...

—Pero te lo devolveré —dijo Teo.

—Me devolverás una mierda, pero vale, de acuerdo. Devuélvemelo si eso te hace sentir mejor, cuando puedas, cuando estés bien y puedas trabajar y conservar un empleo un par de malditas semanas.

Ahora no había espumillones, ni bolas brillantes, y aunque la silla seguía allí, no había ningún Papá Noel triste sentado en ella. Pensando en aquellos días, Teo se dijo que realmente había estado muy, muy mal, y el hecho de que comprendiera lo que había estado mal le hizo sentirse mejor.

Francine se paseaba por entre las mesas, revisando los ordenadores. Le bastaba con echar un somero vistazo para descartarlos: ordenadores antiguos, con pantallas pequeñas, terminales tontos provistos de software básico de oficina; procesadores de textos, hojas de cálculo, bases de datos de clientes y proveedores. Contabilidad. Ninguno de ellos era el filtro que buscaba.

—No está aquí —dijo, afligida.

—Bueno, pero da igual, ¿no? —dijo Teo—. Son ordenadores. Tendrán acceso a internet.

—¡Claro, internet! —exclamó Francine—. Seré tonta. Llevo tanto tiempo aquí que me había olvidado de internet.

—Internet —dijo Yves en voz baja—. No estoy seguro de que yo deba acercarme a eso...

Teo se giró para mirarle. Miraba las pantallas de los ordenadores como si, de repente, les hubieran crecido patas y estuvieran preparándose para saltar sobre él.

—Vale —dijo Teo—. Quédate ahí mismo. No pasa nada. ¿Sí?

—Sí —respondió Yves, incómodo.

Teo asintió.

—No hay internet —dijo Francine entonces. Se había inclinado sobre uno de los teclados y movía el ratón como si le costara trabajo hacerlo rodar, levantando y volviendo a posar el aparato sobre su descolorida alfombrilla.

—¿No hay?

—No. No se conecta.

—Debe haber un... router, por alguna parte.

—Hay wifi —dijo—. Pero no se conecta. Algo de la configuración, tal vez.

Teo empezó a mirar por la sala. Había una mesa algo más apartada, diferente a las otras, más grande, con un revestimiento de madera. La silla era también diferente, y hasta la pantalla era más grande. Era el espacio de la directora.

—Francine —dijo—. La mesa de la directora...

—Oh —exclamó ella—, a ver.

Se acercó al ordenador y pulsó la barra espaciadora en el teclado. Casi al instante, la pantalla se iluminó. Después de un rato trasteando con el ordenador, sin embargo, levantó la cabeza y negó con suavidad.

—¿Dónde narices estará el router? —preguntó Teo con fastidio.

—A lo peor ni siquiera está aquí —exclamó Francine—. Puede estar en un sótano. En la sala de mantenimiento. O en la recepción... Eso no lo había pensado.

Teo miró las mesas. Una taza que decía «La mejor mamá del mundo», con una foto familiar impresa. Un peluche con un corazón. Una grapadora Tamwell de quinientas grapas. Un teléfono.

Teo abrió mucho los ojos.

—El teléfono, joder —exclamó.

—El teléfono... —susurró Francine.

Teo cogió el aparato mientras Francine hacía lo propio con el teléfono de la directora. La terminal estaba encendida, así que Teo pulsó la línea uno. Francine vio la luz encendida y eligió la línea dos.

Teo pensó en su hermano. Era toda la familia que le quedaba, así que marcó el número de su móvil. El aparato respondió con perfecta normalidad. Un tono. Dos tonos. Tres... Seis tonos.

—Mierda —exclamó Teo.

Colgó el aparato, volvió a cogerlo y tecleó el número de nuevo. Dos tonos. Cuatro. Siete tonos.

—Vamos, tío —dijo.

Esta vez marcó el número de su casa. Los tonos llegaron a siete y dieron paso a la señal de línea interrumpida.

Miró su reloj. Eran las diez menos cuarto de la noche de un miércoles cualquiera. Su hermano debía estar en casa, con su mujer y su hija.

A menos que...

«A menos que las cosas estén realmente mal».

Desechó la idea y volvió a intentarlo.

Algo le hizo girarse, y cuando lo hizo, se encontró con la mirada de Francine, que lo observaba con el teléfono en la mano.

—¿Qué? —preguntó.
—No contesta nadie —respondió.
—¿A quién has llamado?
—A la policía —dijo.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Teo.

Habían accedido a la sala de recreo del personal, una habitación espaciosa con una mesa central y una rudimentaria cocina donde lo más destacado era un frigorífico y tres microondas, dispuestos en vertical uno sobre otro. El del medio tenía un pósito que advertía: «No gratinar». Los sofás eran cómodos, no obstante, y Francine estaba encantada con el maravilloso hallazgo de una consola PlayStation conectada a un televisor.

—No lo sé —dijo Francine—. Todos estos juegos son de hace varios años. Madre mía, el *Call of Duty II*.

—Fran, ¿quieres prestar atención, por favor? —pidió Teo.

—Soy mujer, puedo jugar y escucharte a la vez.

Teo suspiró.

—Podemos hacer una fiesta —opinó Yves—. Una fiesta con música. Si no hay nadie para controlar, haremos lo que queramos. Estamos en nuestro derecho, ¿no?

—Una fiesta... —susurró Teo—. ¡Estoy hablando en serio!

—Yo también hablo en serio —exclamó Yves, sorprendido.

—Haremos una fiesta —dijo Francine—. ¿Por qué no?

—No. Escuchad. Esto es serio —dijo Teo, revolviéndose en el sofá—. Hemos llamado a todos los sitios que se nos han ocurrido y no contesta nadie. Ni tus padres, Fran, ni mi hermano, ni la policía, ni emergencias, ni los servicios de bomberos, ni los amigos de Yves...

Yves se encogió de hombros.

—Eso puede ser culpa mía —musitó—. Hace mucho que no les llamo.

—No, no, no. No es culpa tuya. Está pasando algo.

—Oye, paranoico, ¿no has pensado que a lo mejor el teléfono está mal? —preguntó Francine—. He llamado al puñetero servicio técnico de Vodafone y no saltaba el mensaje de «Que te den por

culo, todos nuestros técnicos están metiéndose coca», solo el tono de llamada.

Teo pestañeó.

—¿Es posible eso? —preguntó, dubitativo—. ¿El teléfono puede estar mal?

Francine se encogió de hombros mientras miraba la pantalla y seleccionaba opciones.

—Diría que es lo más probable —opinó, resuelta.

—Mierda puta —soltó Teo—. Me estaba asustando. ¡Claro! La mierda de teléfono está mal. Quizá está conectado al router, y si no funciona...

—Solo tienen el mapa por defecto —dijo Francine.

—¿Qué?

—Que solo tienen el mapa de zombis que viene con el juego, ningún DLC. Con lo que sacan en este antro podrían tener algún mapa.

—Estás hablando del puto juego —dijo Teo, incrédulo.

—Sí, coño. ¿Sabes cuánto hace que no toco una Play?

Teo se pasó las manos por la cara. Estaba cansado. Había tenido el día más movido y excitante de los últimos cuatro meses y, de todas maneras, se había acostumbrado a acostarse temprano y levantarse cuando el personal sanitario recorría las habitaciones dando los buenos días como si ladraran, a las ocho de la mañana. Todos los días la misma rutina: enfermeros que ayudaban a los pacientes que lo necesitaban a levantarse, practicar curas donde fuesen necesarias, llevarles al aseo y hacer la ronda de pastillas en una vorágine que duraba hasta las nueve. De nueve a una, terapias con psicólogos y psiquiatras, a veces con familiares; o talleres de actividades diversas, desde rompecabezas a cursos de cocina donde hacían tartas y galletas. Tanto Teo como Francine pasaban de esos talleres, y se les permitía dar paseos por el jardín, ver la televisión en el salón social o echar un rato en el gimnasio. Y a la una, a comer. Esas rutinas habían desaparecido en los últimos días. André había estado ocupándose de todo prácticamente solo, pidiendo a los pacientes menos problemáticos un poco de ayuda. Cuando se le preguntaba decía: «No pasa nada. Todo volverá pronto a la normalidad. ¡Un poco de paciencia!», y la

mayoría le creía. Era mejor pensar eso que considerar cualquier alternativa.

Pero André se había marchado también, y ni Teo ni Francine creían que fuese a volver nunca.

—Mañana va a ser un caos —dijo, con la mirada perdida en la televisión donde Francine jugaba.

—Sí —dijo Francine, luego movió el mando a la derecha con un gesto rápido y añadió—: ¡Hop!

—A mí me gustaría que me devolvieran mi mechero —dijo Yves.

—¿Tu mechero? —preguntó Teo.

—Me lo retiran cada noche —explicó—. Ya sabes.

—Ah, claro.

—Nunca me lo devolvieron. Tengo tabaco y no tengo mechero.

—Es una desgracia —respondió Teo—. Pero volviendo a lo que está ocurriendo, creo que deberíamos salir de aquí e informar a alguien. Buscar ayuda. Es... es grave, esto. Diría que es negligencia. Muy grave. Hay personas enfermas que necesitan cuidados, medicación. Es un centro privado, de acuerdo, pero alguien tendrá que hacerse cargo, alguien de ayuda social o lo que sea.

—Salir fuera es buena idea —exclamó Francine.

—¡Oh, sí! —dijo Yves—. Pero espera... Franny no puede salir...

—Sí que puedo —replicó ella, sin dejar de mirar la pantalla—. Y no me llames Franny. Es como muy inglés.

—No puedes salir —insistió Yves—. Tu pulsera.

La mayoría de los pacientes de la Maison Monde de Couleurs eran clientes de pago, como Teo o Yves, pero había otros, sobre todo jóvenes, que estaban allí por imposición de un juez. Las puertas de la Maison estaban siempre abiertas y no había más vigilantes que el personal básico, que velaba más por la seguridad de los internos que por impedir que escapasen. No existían rejas en las ventanas más que en las del segundo y tercer piso, y eran solo para impedir que los pacientes sintieran la tentación de hacer algo irremediable. Para asegurar que jóvenes como Francine se mantenían en el lugar donde la ley los había confinado, llevaban pulseras especiales que emitían una señal de alarma cuando se separaban del

cuerpo o se alejaban de ese lugar. A Francine no le gustaba nada, y a menudo la cubría con una bandana que llevaba anudada en la muñeca.

Levantó el brazo un instante y enseñó su muñeca limpia, sin pulseras.

—¡Te has quitado la pulsera! —se sorprendió Yves.

—Oh, sí.

—Pero no puedes hacer eso. Vendrá la policía, Fran.

Francine dejó escapar un sonido parecido a una sonrisilla disimulada.

—Claro. De eso se trata. O se trataba, al menos.

—¿Te la has quitado ahora, después de llamar y ver que no contestaba nadie? —preguntó Teo, con los ojos entrecerrados.

Francine negó con la cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo te la has quitado?

—Hace una semana —exclamó ella, con cierta parsimonia. Luego levantó el mando en el aire y disparó una ráfaga de ametralladora contra unos zombis poligonales.

Andrea llevaba seis años en París. De esos seis años, había pasado la mayor parte del tiempo andurreando por sus calles y avenidas, recorriendo los túneles del metro, los jardines, la incesante vida nocturna. Había hecho prácticamente todo lo que hay que hacer en París, y muchas de las cosas que nadie haría en su sano juicio, ni en París ni en ninguna otra parte. Había fumado, esnifado, inyectado, bebido, comido y dormido en pensiones, albergues y en casas de gente que acababa de conocer; y a veces, en verano, había dormitado también en plena calle, bajo la luz trémula de las farolas. Hablaba con la gente, y casi nunca decía que no a una proposición, por extraña que pareciera, la llevase donde la llevase. Había exprimido los días, se había acostado tarde y levantado temprano, y el pasado era un caleidoscopio de tramos y trayectos que recordaba como si fueran diez mil vidas diferentes, sin conexión unas con otras. Pero era su vida y no se arrepentía de nada.

Las dos últimas semanas las había pasado en su casa, sobre la cama o dentro de la cama. Había recurrido tanto al sueño que

no consiguió exprimirlo más, y cuando las farmacias dejaron de vender medicamentos, en su intento por fatigarse para poder entregarse a otro episodio onírico había hecho deporte en el salón: carreras, flexiones, saltos, cualquier cosa. A veces apuraba tanto el sueño que se despertaba a las pocas horas sin haber soñado nada, y entonces se desesperaba tanto que se daba cabezazos contra la pared, intentando caer desmayada.

Más o menos por entonces, recordó que la cocaína y muchas otras sustancias estupefacientes que había probado en varias ocasiones inducían al sueño. No sabía si los sueños que estaba teniendo serían iguales en ese estado poco lúcido de la conciencia, pero merecía la pena probarlo, así que cogió todo el dinero que tenía y se lanzó a la calle. Se encontró con una París moribunda, casi sin servicios. Las puertas del metro estaban abiertas, pero no circulaba ningún tren, ni había nadie en las taquillas; nadie vigilaba las estaciones, ni había gente durmiendo por las esquinas, sobre viejos cartones con manchas húmedas.

Le costó encontrar a sus antiguos proveedores, y para cuando encontró uno, el precio de la cocaína se había multiplicado por treinta. Ni siquiera con todo el dinero que tenía pudo acceder a un solo gramo de polvo. Cuando se puso nerviosa y empezó a gritar al camello y a llorar, él sacó una pistola y la apuntó, en plena calle, bajo la luz del sol. Andrea supo que podía pegarle un tiro y que a nadie le importaría, ningún coche de policía acudiría a intervenir. Se dio la vuelta y regresó a su casa.

Más tarde, Andrea encontró una solución.

Descubrió que, si no comía ni bebía nada, los periodos de sueño se hacían cada vez más frecuentes.

Unas semanas más tarde, mientras fuera, en una ciudad ya sin luz y donde algunos edificios ardían sin que a nadie le importara una mierda, una delgadísima Andrea dormitaba en una cama que hedía a orín y heces, pero con una extraordinaria sonrisa dibujada en el rostro.

Nunca, en toda su vida, había sido tan feliz.

Aquel día, Mimí robó por primera vez en toda su vida: un bote de champiñones, un pack de seis huevos y un envase de arroz de un kilo, entre otras cosas.

Antes de irse, sin embargo, dejó una nota en la caja, y el importe exacto de todo cuanto había cogido. Catorce euros con dieciséis. Supuso que los propietarios no llegarían a ver nunca ese dinero, al fin y al cabo la puerta del comercio había sido forzada y había rastros evidentes de que alguien había estado apropiándose de comestibles: un saco de patatas roto y desparramado por el suelo, envases caídos, una lata de Coca-Cola abierta y vacía, la mitad del contenido formando un charco pegajoso a su alrededor. Pero ese pequeño acto era bastante para acallar su conciencia.

Al fin y al cabo, no estaba muy segura de para qué podría usar el dinero en una ciudad vacía y muerta.

Sobre todo muerta.

En los primeros días, Mimí lo pasó muy mal. Asistió con asombro e incredulidad al lento languidecer del mundo. La imagen poética de los sueños hermosos que todo el mundo parecía compartir dio paso a una situación de pesadilla. La gente prefería quedarse en sus casas, esforzándose por entregarse al sueño por cualquier medio a su alcance, a veces provocándose comas clínicas por sobredosis de medicamentos. En una ocasión, cuando recorría las casas intentando sacar a los durmientes de sus camas, encontró a un hombre con la cabeza abierta en el suelo de su dormitorio. Había intentado caer inconsciente golpeándose contra la pared, y lo había conseguido. Del todo. Su cabello era una masa apelmazada cubierta de una sustancia reseca, y en el frontal presentaba una hendidura oscura y horrible. Descansaba en el suelo, con los labios relajados como si diesen forma a un besito eterno, sobre un charco oscuro.

Mimí estuvo recorriendo París, observando cómo la ciudad se apagaba poco a poco, mientras visitaba a la gente que conocía. Sus amigos. Algunos clientes. Su jefa de la librería; Mateo, el jefe de ventas de la editorial Penguin. Pero el transporte se volvía más y más complicado después de cada noche de sueños, y al cabo del tiempo fue imposible incluso encontrar un taxi. O casi cualquier coche. El metro dejó de funcionar. Los semáforos se desincroniza-

ron o perdieron su conexión con la matriz general de regularización. Alguien se chocó con alguien en la avenida Lilly de Passè por la mañana y, que ella supiese, el cuerpo sin vida de la mujer seguía atrapado en el coche hasta hoy.

Mimí entraba en las viviendas forzando la puerta, o a través de una ventana, e invariablemente se encontraba con un tufo espantoso flotando en toda la casa: platos sucios en el fregadero, restos de comida en el suelo de la cocina, bolsas de basura cerca de la puerta o formando una pila bajo el fregadero. Y en los dormitorios, o el sofá del salón, gente muriendo de inanición, con una estúpida expresión de felicidad en el rostro.

Intentar despertar a cualquiera de ellos había sido imposible. Mimí tiraba de sus brazos y piernas con lágrimas en los ojos; abría las ventanas y las cortinas, cantaba y gritaba, y en alguna ocasión echó un vaso de agua en la cara de uno de los durmientes, pero algunos habían transcendido ya los umbrales del sueño normal y no regresarían jamás. En otros casos conseguía que despertasen, pero se encontraba con bestias iracundas que la miraban con furia, los ojos inyectados en sangre, la cara hinchada por el sueño y el pelo grasiento pegado a la cara. La insultaban, la pegaban, la expulsaban de sus casas para regresar a su cama. Mimí se quedaba fuera, en el rellano, jadeando de excitación y miedo, encogida sobre sí misma, con marcas de uñas en el rostro y los brazos, y permanecía allí a veces durante horas, llorando como una niña pequeña.

Luego lo intentó con desconocidos. Recorría las escaleras de los edificios gritando: «¡Despertad!», «¿Hola?», «¿Alguien necesita ayuda?», sin que nadie le respondiese. A veces encontraba una puerta entreabierta, o abierta del todo, y gente muerta en el interior, tumbada en sus camas, y en alguna ocasión en el interior de la bañera, acurrucados como fetos monstruosos de ochenta y noventa kilos. Pero nunca consiguió despertar a nadie. Ni a sus amigos, ni a su jefa, ni al jefe de ventas de Penguin.

Abandonó sus intentos de salvar a la humanidad cuando encontró a un bebé en un piso cualquiera del barrio 46. La canción de cuna que sonaba en modo repetición desde un pequeño transistor con forma de oso panda la persiguió durante un tiempo.

Mimí dejó pasar unos días. No salía a la calle y comía poco. Cada vez que el sueño se apoderaba de ella se despertaba gritando, asustada por la posibilidad de que los sueños perfectos, esos que atrapaban en sus redes a todo el mundo, pudieran apoderarse de ella. Pero sus sueños, que los tenía, no eran preciosos. Eran el enfermizo poso de su día a día, escenas oscuras donde ella intentaba avanzar por una casa enorme llena de gente dormida que explotaba ante sus ojos en una gusanada aborrecible mientras las habitaciones se hacían cada vez más y más pequeñas hasta dejarla atrapada y gritando en algún rincón oscuro.

Un día, Mimí se cansó de estar mal. La mayoría de la gente vive sentada diciendo: «Tengo que levantarme», «Me gustaría levantarme», «Mañana me levanto». Pero Mimí, simplemente, se levantó. Decidió que no quería estar mal ni un día más y se aseó, se vistió y salió a la calle con una renovada carga de optimismo. Llevaba su abrigo naranja, a juego con sus botas anaranjadas y su bufanda de un hermoso tono beis; la cabellera rubia y rizada asomaba por el cuello como si fuera una parte de su vestimenta. El día era gris y sombrío, como era natural en esa época del año, pero el paseo fue agradable, aunque la mayor parte del tiempo anduviera sola por las calles, parques y avenidas, y todos los negocios estuvieran cerrados.

Aún por entonces encontraba gente por la calle, sin embargo; gente que la miraba desde la acera opuesta con una expresión de desconcierto y asombro. Y a veces pasaba algún coche con maletas en el techo, como si el conductor pensara que se podía huir de esa situación. Algunos levantaban un brazo en señal de saludo, dubitativos y hasta temerosos, como si estuvieran saludando a un fantasma. Tal vez, se dijo Mimí, llevasen días sin ver a nadie; gente solitaria que necesitaba un poco de contacto humano para volver a poner los pies en el suelo, pero Mimí sentía que no estaba preparada todavía para iniciar ninguna conversación. Tal vez intuía que el contenido de esa charla se conduciría por derroteros pesimistas, centrados sin duda en lo que estaba pasando. En la duda. En el miedo. En el «¿qué va a ser de nosotros?», y Mimí solo quería pasear y olvidar sus miserias personales. No quería, ni podía, enfrentarse aún a ninguna otra cosa que no fuera un pequeño paseo,

sentir el aire limpio en el rostro, el suelo bajo sus pies. Así que devolvía el saludo con una sonrisa y gritaba: «¡Buenos días!», pero seguía andando, resuelta, y se alejaba con la cabellera rubia brincando resplandeciente alrededor de sus ojos verdes y decididos.

A medida que transcurrían los días, encontró cada vez menos gente por las calles. Ya no pasaba ningún coche. De noche, las farolas no se encendían y París parecía una ciudad fantasma, casi sepulcral, como si un agobiante luto hubiera caído sobre ella.

Poco tiempo después, se fue la luz.

Ese día, después de dejar los catorce euros con dieciséis en la caja de la tienda, salió a la calle y miró en ambas direcciones. La calle, con dos carriles en cada sentido, estaba vacía. No había tráfico y nadie paseaba ya por las aceras. Era un espectáculo desde luego inusual, sobre todo en esa zona de París, pero cuando cerró los ojos y dejó que el sol calentara su piel, percibió otra cosa aún más inusual: el silencio. El silencio era rotundo y ominoso en ese entorno de grandes edificios, lenguas de asfalto y semáforos muertos como árboles secos en un wéstern sobrenatural.

Como cada día, Mimí se preguntó cuándo le sobrevendrían los sueños. Creía que era solamente cuestión de tiempo. Algún día, tal vez esa misma noche, empezaría a tener sueños ella también. Se preguntó con qué soñaría, y acabó concluyendo que tal vez soñara con sus padres, con su pequeña isla en el sur de Francia y los dulces con sal marina de su pueblo de cuando era niña. Tal vez, en el sueño, fuera otra vez una niña. O quizá soñara que vivía en una casa hecha de libros, en un bosque maravilloso lleno de flores, y se pasaba las noches leyendo y comiendo magdalenas rellenas de chocolate o fresa, bajo una cálida y agradable manta. Mimí se encogió de hombros y se dijo que, si tal cosa sucedía, intentaría disfrutar de sus sueños.

Miró hacia el cielo y levantó los brazos; luego sacudió las manos, como si iniciara un baile, y decidió que podía bailar, si quería, que no iba a importarle a nadie porque no quedaba nadie a quien le importara. Se dio cuenta de que podría desnudarse, si quería, o hacer un pícnic en mitad de la autopista, o tomar prestado un

coche y conducir por el mundo y viajar a los lugares que siempre habría querido ver. Podría ir al sur o al norte, meter los pies en el agua y luego confundirse, vestida con un anorak blanco, entre la nieve. La nieve hacía feliz a Mimí.

Podría...

Podría leer todos los libros que se habían escrito jamás.

Podría hacerse una cabaña de mantas en la Plaza de la Concordia.

Podría sembrar los túneles del metro con gominolas y chuches.

Podría ir al Louvre y tocar todos los cuadros, muy cuidadosamente y con mucho cariño, con un dedo tembloroso; acariciar las pinceladas que habían dispuesto cuidadosamente artistas de todos los tiempos.

«Puedo hacer lo que quiera», pensó.

Miró hacia atrás y vio la tienda en la que acababa de dejar su dinero, las últimas monedas que le quedaban, porque sus ahorros estaban atrapados en una cuenta corriente de un banco cuyas oficinas estaban cerradas, tal vez para siempre. Miró la tienda otra vez, condenada al expolio y al abandono, y la imaginó cincuenta años en el futuro, con el techo alabeado por la humedad, polvoriento y posiblemente vacío, los estantes con restos de comida fermentada y podrida, el interior de los envases de plástico reducido a una pútrida masa verdosa. El propietario no iba a volver por allí, el local no pagaría sus cuotas de alquiler o hipoteca, el gobierno no impondría sus impuestos sobre su actividad y ningún proveedor repartiría cebollas, pimientos, pepinos o cuñas de queso, para el caso.

Entonces sacó su cartera del pequeño bolso que colgaba de su hombro y la dejó caer con un sencillo gesto. La cartera golpeó el suelo con un sonido apagado y se quedó allí, parcialmente abierta, con su documento de identidad, sus tarjetas bancarias, su tarjeta azul de transporte, su carné VIP del Club de Lectura de Lyon y todos los otros documentos que solían ser importantes para moverse por el mundo. Vestigios de una vida anterior. Adiós, ciudadana Marion Lanusse. Adiós.

Mimí sonrió y empezó a caminar, y mientras sus pasos sonaban como pequeñas explosiones en un mundo silenciado, empezó a cantar una vieja canción de *Mary Poppins*.